



VIDA DE IGLESIA

III TRIMESTRE - 2023

N° 209

21

DE LA TEOLOGÍA DE LA LIBERACIÓN
A LA TEOLOGÍA HOMOSEXUAL

23

LO 1° EN LA IGLESIA:
EL SACERDOTE / EL SACERDOCIO

35

INTELIGIR LA SINODALIDAD
POR LA VÍA APOFÁTICA

38

SINODALIDAD Y SANTIDAD

CRÉDITOS



Director:

Pbro. Carlos Humberto Rojas Sánchez

Contenido:

Javier Sánchez Martínez / InfoCatólica
 Jorge González Guadalix / InfoCatólica
 Pablo J. Ginés / ReL
 Javier Olivera Ravasi / InfoCatólica
 José Luis Aberasturi / InfoCatólica
 Clementino Martínez Cejudo / ReL
 Jaime Mercant Simó / InfoCatólica
 Georg Weigel / InfoCatólica

Diseño y Diagramación:

Trini Simian D. • trinitalinda2@gmail.com

Circulación:

Curia Metropolitana

Las opiniones de los artículos son responsabilidad exclusiva de sus autores y no necesariamente representan la opinión de esta revista.

ÍNDICE

1. Moniciones a las lecturas y la opinión de Farnés (bastante restrictiva, por cierto)	4
2. El buen oficio del salmista cantando el salmo responsorial	10
3. El consejo de administración	12
4. Cómo sacar dinero para evangelizar de debajo de las piedras... y de fieles bien cuidados	14
5. De la teología de la liberación a la teología homosexual... ..	21
6. Lo 1º en la Iglesia: el Sacerdote/el Sacerdocio	23
7. Falta testimonio cristiano	30
8. Inteligir la sinodalidad por una vía apofática	35
9. Sinodalidad y santidad	38
10. Josué Fonseca hace de «poli malo» y explica los 3 peores problemas que le ve a la Iglesia hoy	41

MONICIONES A LAS LECTURAS Y LA OPINIÓN DE FARNÉS (BASTANTE RESTRICTIVA, POR CIERTO)

Javier Sánchez Martínez / InfoCatólica



Las moniciones son breves alocuciones, explicaciones muy sumarias, que ayudan a los presentes en la liturgia a situarse, vivir con atención o comprender mejor lo que se va a realizar. Estas moniciones,

normalmente sacerdotales o diaconales, servían para ir dirigiendo a la asamblea: “Antes de participar en los sagrados misterios, reconozcamos nuestros pecados”, “Oremos”, “Orad, hermanos, para que este sacrificio”, “Levantemos el corazón”, “Fieles a la recomendación del Salvador y siguiendo su divina enseñanza, nos atrevemos a decir”, “Daos fraternalmente la paz”, “Inclinaos para recibir la bendición”, etc. En la tradición eclesial, eso son moniciones: claras, breves, orientadoras; “expresarlo en pocas palabras” (IGMR 31) es el sentido de estas moniciones o su adaptación por el sacerdote.

De ahí se pasó a permitir que el sacerdote, el diácono u otro hicieran una **breve** introducción a la Misa del día: “le está permitido introducir a los fieles, con brevísimas palabras, a la Misa del día, después del saludo inicial y antes del rito penitencial” (IGRM 31).

También puede hacerlo el sacerdote antes de la Liturgia de la Palabra:

(“el sacerdote puede presentar a los fieles, con una brevísima intervención, la Liturgia de la Palabra” (IGMR 128);

“Corresponde al presidente introducir, de vez en cuando, a los fieles mediante unas moniciones, en la liturgia de la palabra, antes de la proclamación de las lecturas. Estas moniciones podrán ser de gran ayuda para que la asamblea reunida escuche mejor la Palabra de Dios, ya que promueven el hábito de la fe y de la buena voluntad. Esta función puede ejercerla por medio de otros, por ejemplo, del diácono o del comentarista” (OLM 42).

Recordemos por ejemplo la bellísima monición introductoria a la Liturgia de la Palabra de la Vigilia pascual, leída por quien preside (obispo o sacerdote): “Queridos hermanos: Con el pregón solemne de la Pascua, hemos entrado ya en la noche santa de la resurrección del Señor. Escuchemos, en silencio meditativo...”

El sacerdote, asimismo, puede realizar una brevísima monición introductoria antes del Prefacio, pero nunca en el interior de la Plegaria eucarística (IGMR 31).

Esas moniciones a la liturgia de la Palabra son una novedad con el actual Misal Romano de 1970, algo inédito en la tradición litúrgica de la Iglesia.

Quien realiza estas moniciones, debe tenerlas **bien preparadas, ser escueto, y no leerlas desde el ambón**, sino desde otro sitio oportuno, un micrófono o atril auxiliar:

“El comentarista, a quien corresponde, según las circunstancias, proponer a los fieles breves explicaciones y moniciones para introducirlos en la celebración y para disponerlos a entenderla mejor. Conviene que las moniciones del comentarista estén exactamente preparadas y con perspicua

sobriedad. En el ejercicio de su ministerio, el comentarista permanece de pie en un lugar adecuado frente a los fieles, pero no en el ambón” (IGMR 105 b).

En ocasiones, y no como algo habitual, unas breves moniciones pueden ayudar a la escucha de las lecturas de la Palabra de Dios:

“Si las circunstancias lo aconsejan, se puede pensar en unas breves moniciones que ayuden a los fieles a una mejor disposición” (Benedicto XVI, Sacramentum caritatis, n. 45).

Breves y claras, por escrito para evitar la locuacidad y que parezca una pequeña homilía (y, por favor, que nadie argumente que esas moniciones son inspiradas o casi dictadas por el Espíritu Santo en aparente arrebató místico):

“Antes de las lecturas, especialmente antes de la primera, pueden hacerse unas breves y apropiadas moniciones. Hay que atender con mucho cuidado al género literario de estas moniciones. Deben ser sencillas, fieles al texto, breves, preparadas minuciosamente y adaptadas al matiz propio del texto al que deben introducir” (OLM 15).

Es **necesaria mayor moderación** en estas moniciones, **mayor discreción en su uso**, recurriendo a ellas en pocas ocasiones y cuando se vea que es imprescindible para situarse ante ciertas lecturas más

difíciles o en ciertas celebraciones más solemnes y extraordinarias (como la Vigilia de Pentecostés, por ejemplo). Pero **su abuso convierte a las moniciones en algo innecesario, repetitivo, que fatiga** en vez de disponer a la escucha interior, cuando por obligación hay que tener moniciones en cada Eucaristía a cada lectura.

Dicho lo cual, con argumentos de razón (razonables) y argumentos de autoridad (el Misal y su Leccionario), traigo a colación lo que hace años escribiera **P. Farnés** (para algunos el único liturgista de referencia):

“Entre los formularios usados en las celebraciones (lecturas, plegarias, cantos, etc.) hay que enumerar, sin duda alguna, las moniciones. Estas constituyen un género distinto con sus características muy propias, que es preciso respetar y no confundir con los demás tipos de textos litúrgicos.

Antes del Movimiento litúrgico las moniciones pasaban casi desapercibidas. Incluso es posible que muchos crean que se originaron precisamente a raíz de este Movimiento, cuando se quiso dar a los fieles aquel acercamiento a la liturgia que no habían tenido los cristianos de tiempos anteriores. Aunque esto no sea del todo exacto –las moniciones existieron en la liturgia desde antiguo, por supuesto mucho antes del Movimiento litúrgico– lo que sí es innegable es que sólo al iniciarse dicho Movimiento cobraron todo el relieve que tuvieron más tarde y que

conservan en nuestros días.

En los primeros tiempos del Movimiento litúrgico las moniciones fueron incluso casi el único lazo de unión entre la liturgia y la asamblea. Luego adquirieron un tal prestigio –una celebración era tenida, y a veces se tiene aún, por “litúrgica” y participada cuando en ella hay moniciones en abundancia– que llegaron a prodigarse de manera probablemente excesiva, perdiendo incluso, al menos algunas veces, su misma identidad propia. Cuando llegó la restauración litúrgica y el pueblo recobró su participación inteligente en los ritos (sobre todo con el uso de la lengua popular), las moniciones habían adquirido un tal derecho de ciudadanía en la liturgia que entonces resultaba ya impensable prescindir de ellas; por otra parte los nuevos libros litúrgicos hacen frecuente alusión a las mismas”^[1].

Continúa explicando cómo nacieron y qué uso tuvieron esas moniciones a las lecturas bíblicas en su momento histórico:

“Si es verdad que las moniciones litúrgicas estuvieron ya en uso en las antiguas liturgias, no es menos cierto que en la antigüedad estas moniciones se polarizaron sobre todo en torno a las oraciones. Con referencia a las moniciones para las lecturas bíblicas, en cambio,



nada o casi nada encontramos en la antigüedad.

Ambientar la proclamación de la Palabra con una monición es, pues, una verdadera novedad de nuestro tiempo. El origen de este nuevo género de monición hay que buscarlo en los primeros tiempos del Movimiento Litúrgico (bastante antes, por tanto, de la moderna reforma litúrgica); el motivo que dio nacimiento a estos nuevos formularios fue el deseo de encontrar un paliativo ante las lecturas proclamadas en una lengua incomprensible para la asamblea. Al “crear” por tanto estas nuevas moniciones, se perseguía el mismo fin que indujo ya a restaurar las antiguas moniciones para las plegarias: con unas y otras se intentó ayudar al pueblo a una participación más inteligente en la liturgia. Pero, a pesar de que la finalidad fue común, la raíz histórica de ambos tipos de formularios era distinta: las moniciones para

antes de las plegarias era una restauración; las moniciones previas a las lecturas eran, en cambio, una verdadera creación nueva.

*Subrayar este origen diverso puede parecer una simple nota de erudición histórica; pero en realidad tiene su importancia práctica en vistas a proyectar mejor las moniciones para nuestra liturgia. Porque, si en el ámbito de las moniciones para las plegarias cabe el recurso a los antiguos usos, en el ámbito de las moniciones a las lecturas, por el contrario, no cabe ni el recurso a la historia litúrgica (**en la antigüedad no existieron tales moniciones para las lecturas**), ni a los primeros tiempos del Movimiento Litúrgico (**las moniciones de aquellos años se proyectaron como ayuda de emergencia ante unas lecturas proclamadas en latín**).*

Al presentar de una manera general las moniciones litúrgicas aludimos ya a la distinta naturaleza que deben tener unas moniciones proyectadas para la celebración en latín y las preparadas ahora para la celebración en lengua del pueblo. Las primeras tenían como finalidad ofrecer un resumen de lo que luego el ministro –celebrante o lector– diría en aquel latín que el pueblo no comprendía; las actuales, en cambio, deben perseguir el logro de una mayor vivencia personal de las lecturas

[1] FARNÉS, P., *Pastoral de la Eucaristía*, Dossiers CPL 49, Barcelona 1991, p. 26.

que hoy, por lo menos en su tenor material, el pueblo ya comprende por su sola proclamación.

Esta distinción resulta más fundamental aun cuando se trata de moniciones para antes de las lecturas que en el caso de las oraciones. Las lecturas, en efecto, por su propia naturaleza, hablan a la mente, exponen determinados conceptos, “revelan” un contenido; en cierta manera las lecturas están llamadas a “adoctrinar” (cosa que, de por sí, no hacen las plegarias); por ello resulta de suma importancia evitar en el binomio “monición-lectura” toda repetición de conceptos.

Cuando la Palabra se proclamaba en latín podía resultar interesante una presentación-resumen del mensaje de la perícopa en la lengua del pueblo. Pero ahora que el pueblo entiende el tenor de las lecturas, **este resumen previo es inútil e incluso puede representar una fastidiosa repetición** que, en lugar de “servir” a una mayor vivencia de la Palabra, en el fondo desvirtúa el interés por su proclamación, pues al proclamar la lectura la asamblea conoce ya previamente el contenido de lo que la perícopa va a anunciar.

Si, pues, la asamblea, por una parte, entiende ya el texto bíblico y, por otra, las aplicaciones del mismo

a la propia vida reencuentran su lugar propio tradicional en la homilía, **la monición no debe ser ni explicativa de la lectura que va a seguir** (este contenido lo presentará la misma lectura) **ni aplicación moralizante del texto a la propia vida (este aspecto en todo caso es propio de la homilía)**. Las eventuales moniciones deben, por tanto seguir otros derroteros, que ayuden simplemente a vivir, a contemplar y a gozar con mayor intensidad –no a exponer– lo que anunciará el texto inspirado”^[2].

Esa **eventualidad** –es decir, alguna vez, si es necesario, no siempre y por obligación– la expresa más adelante el mismo P. Farnés:

“Distinguir el caso de cuándo conviene hacer una monición previa a la lectura bíblica y cuándo es mejor omitirla es un primer punto importante y no siempre bien logrado. La costumbre de hacer una monición a cada una de las lecturas en las misas festivas es aún la práctica más habitual, quizá porque está demasiado presente aún en el subconsciente de los responsables de la celebración aquella época en que las lecturas eran leídas en latín y todas por el mismo actor, el que presidía o “decía la misa”, como se estilaba decir entonces.

^[2] Id., pp. 36–37.

El primer principio que debe orientar el uso de estas moniciones es dejar de considerarlas como parte del mismo esquema celebrativo. **La monición no está llamada a usarse siempre**. La monición –al contrario de lo que acontece con la lectura misma o con los textos eucológicos– no es un elemento constitutivo de la celebración sino únicamente subsidio a la misma. La monición a las lecturas, dice acertadamente el Proemio al Leccionario, “puede introducir de vez en cuando a los fieles en la liturgia de la Palabra, antes de la proclamación de las lecturas”.

Un primer principio importante es pues, no crear el hábito –ni en vistas a las celebraciones feriales ni siquiera en vistas a las de los domingos– de que toda lectura debe ir precedida de una monición”^[3].

Con estos criterios tan claros..., ¿no deberíamos revisar esa praxis de moniciones siempre en cada Eucaristía a cada lectura? ¿No deberíamos recortar tanto recargamiento para alcanzar lo que el Vaticano II quería: “noble sencillez ... no deben tener necesidad de muchas explicaciones” (SC 34)?



^[3] Id., pp. 46–47.

Adoración al Santísimo Sacramento del altar

Eterno Padre, yo te agradezco porque Tu infinito Amor me ha salvado, aún contra mi propia voluntad. Gracias, Padre mío, por Tu inmensa paciencia que me ha esperado. Gracias, Dios mío, por Tu inconmensurable compasión que tuvo piedad de mí. La única recompensa que puedo darte en retribución de todo lo que me has dado es mi debilidad, mi dolor y mi miseria.

Estoy delante Tuyo, Espíritu de Amor, que eres fuego inextinguible y quiero permanecer en tu adorable presencia, quiero reparar mis culpas, renovarme en el fervor de mi consagración y entregarte mi homenaje de alabanza y adoración.

Jesús bendito, estoy frente a Ti y quiero arrancar a Tu Divino Corazón innumerables gracias para mí y para todas las almas, para la Santa Iglesia, tus sacerdotes y religiosos. Permite, oh, Jesús, que estas horas sean verdaderamente horas de intimidad, horas de amor en las cuales me sea dado recibir todas las gracias que Tu Corazón divino me tiene reservadas.

Virgen María, Madre de Dios y Madre mía, me uno a Ti y te suplico me hagas partícipe de los sentimientos de Tu Corazón Inmaculado.

¡Dios mío! Yo creo, adoro, espero y te amo. Te pido perdón por los que no creen, no adoran, no esperan y no te aman.

Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, te adoro profundamente y te ofrezco el preciosísimo Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, presente en todos los Sagrarios del mundo, en reparación de todos los ultrajes, sacrilegios e indiferencias con que El mismo es ofendido. Y por los méritos infinitos de su Sacratísimo Corazón y del Inmaculado Corazón de María, te pido la conversión de los pobres pecadores. Amén

EL BUEN OFICIO DEL SALMISTA CANTANDO EL SALMO RESPONSORIAL

Javier Sánchez Martínez / InfoCatólica



entonación tenor

1 Deus in nó-mi-netú-o sal-vum me fac* et in vir-tu-te tú-a jú-di-ca me.
2 De-us e-xau-di o-ra-ti- ó- nem me-am *
3 Quo-ni-am

En la liturgia de la Palabra, la oración se hace canto suave cuando, después de la primera lectura bíblica, **se entona el salmo responsorial**. Es un texto destinado a ser cantado, a ser salmodiado, con melodía sencilla donde resalta el texto, y todos responden a cada estrofa cantando la respuesta.

Y es que los salmos son letras de cantos, composiciones poéticas para ser cantadas, y mediante ese canto los fieles oran y meditan, elevando su alabanza al Señor.

Fue esa la tradición de la Iglesia; un cantor, en el ambón (más exactamente, en las gradas o escalones del ambón) **entonaba las estrofas del salmo, y el coro y los fieles respondían el estribillo**. ¡Qué ministerio más hermoso el de ayudar a todos a orar cantando los versículos del

salmo responsorial! ¡Cuánta estima se le tenía al salmista en la Iglesia y cuánto valor le daban al canto de los salmos!

Sirvan como testimonio las palabras de san Ambrosio:

*“Para expulsar y eliminar de su santa casa el olvido, el verdadero Salomón [Cristo] **se surtió de cantores** que con toda su alma se dedicaran a investigar el conocimiento de la Divinidad, a fin de que no faltaran a su iglesia cantores de salmos, cuyo canto pusiera en fuga al espíritu del mal... También los profetas, para profetizar, mandaban a **un experto en salmodias que salmodiara**, para que a invitación de la suave dulzura, se difundiera la gracia espiritual” (Exp. Salmo 118, 7, 26).*

Los cantores que salmodian, o salmistas, son quienes mediante el canto consiguen que se difunda la gracia espiritual en las almas de los fieles.

Salmodiar en el ambón el salmo responsorial requiere voz y entonación para saber cantar, aplicando melodías sencillas, **casi un recitativo con suave música, una cantilación espiritual**. No es un solista que luzca sus dotes con juegos de voz como tenor o soprano como muy bien puede ocurrir en la ejecución de otros cantos, sino quien pone voz humildemente a las estrofas del salmo responsorial para que todos oren meditando y respondan con fe su estribillo (“el canto del salmo o de la sola respuesta contribuye mucho a comprender el sentido espiritual del salmo y a meditarlo profundamente”, OLM 21).

Es clara la descripción que hace la IGMR: un salmista, el salmo responsorial, su canto, el ambón, etc..., sin que se sustituya por un canto no-bíblico, o leyéndolo en vez de cantarlo incluso cuando hay coro:

“Conviene que el salmo responsorial sea cantado, al menos la respuesta que pertenece al pueblo. Así pues, el salmista o el cantor del salmo, desde el ambón o en otro sitio apropiado, proclama las estrofas del salmo, mientras que toda la asamblea permanece sentada, escucha y, más aún, de ordinario participa por medio de la respuesta, a menos que el salmo se proclame de modo directo, es

decir, sin respuesta” (IGMR 61).

El salmista es un ministerio que enriquece la liturgia ya que permite a todos orar, meditar y alabar a la vez con el salmo responsorial. Debe poseer **algunas cualidades**:

“Es propio del salmista proclamar el salmo u otro cántico bíblico que se encuentre entre las lecturas. Para cumplir rectamente con su ministerio, es necesario que el salmista posea el arte de salmodiar y tenga dotes para la recta dicción y clara pronunciación” (IGMR 102);

“para ejercer esta función de salmista es muy conveniente que en cada comunidad eclesial haya laicos dotados del arte de salmodiar y de una buena pronunciación y dicción” (OLM 56).

Todo coro parroquial –o coral– debe procurar que siempre se cante el salmo responsorial en la Misa dominical y solemnidades, ensayando con el salmista y adoptando los modos estróficos, sencillos, aptos para esta función. Sin duda, será un enriquecimiento de la vida litúrgica de la parroquia, prestando el salmista un buen oficio.

El “**Libro del Salmista**”, sin duda, es una gran ayuda para lograrlo.



EL CONSEJO DE ADMINISTRACIÓN

Jorge González Guadalix / InfoCatólica



En pocos días he tenido casi idéntica conversación con dos compañeros sacerdotes y bregados en muchos años de ministerio: **tenemos las parroquias vacías.** Es la realidad, salvo excepciones del todo excepcionales. **La inmensa mayoría de nuestras parroquias languidecen, se van muriendo.** Otro me decía que este año, por primera vez, no tenía niños en catequesis de primera comunión.

Qué triste la reflexión de uno de estos compañeros: veinticinco años en esta parroquia y se me ha vaciado. **Qué sensación de fracaso. Qué mal lo he hecho.**

No cabe duda de que si estamos así, **algo de culpa tendremos los sacerdotes,** pero me van a permitir que me quede con eso: **ALGO. Solo ALGO.**

Los reverendos señores curas párrocos no somos más que unos mindundis en el último escalón de la administración eclesiástica. Los últimos monos. Por encima de nosotros hay **vicarios episcopales, obispos, curias diocesanas, conferencias de obispos, arzobispos, cardenales, administración vaticana y un santo padre.** Lo que no es admisible es que alguien pretenda echar sobre los hombros de los curas y los sufridos laicos de cada parroquia la responsabilidad de la caída libre.

Alguna vez he puesto el ejemplo de **una entidad bancaria.** Si resulta que **las oficinas se están quedando sin clientes,** que cada día se cierran varias cuentas bancarias y nadie se acerca a pedir un crédito o una hipoteca, **quizá parte de la culpa la tengan los directores de las sucursales,** pero solo parte, porque las grandes decisiones vienen de arriba y si un director no hace caso es tan fácil como ponerle de patitas en la calle.

Le gente, en tiempos del santo cura de Ars, no tenía más referencia que la de su cura. Hoy, **lo que pasa en la Iglesia, lo que se dice, lo que se hace, lo ve cualquiera en el telediario, la prensa o las redes sociales,** incluyendo a Rafaela. Las

grandes decisiones en la marcha de la Iglesia se toman en Roma o en la curia de Madrid, en lo que a un servidor le afecta por proximidad. En Madrid ya hemos visto y ya iremos viendo. En Roma, vemos cada día de todo. Digo vemos los demás, que tal vez seamos los únicos operados de cataratas y libres de glaucoma.

Las iniciativas pastorales y eclesiales de los últimos años parece que no dan fruto, o sí, porque llega un momento en que uno desconoce qué resultados se pretenden. Como lo del banco, que quizá lo que buscan son motivos para cerrar sucursales y venderlas a los chinos.

Yo creo que ni la gente ni los curas tenemos claros los objetivos. O sí en teoría, la santidad y el cielo, que siendo la clave para nada se recuerdan, mientras estamos hartitos del sínodo de la sinodalidad, el equilibrio ecológico, la huella de CO₂, la acogida incluyente y la misericordia universal.

Rafaela y sus girls están a punto de tirar la toalla:

–Ya ve, señor cura, no pasa nada porque no se casen, lo de juntarse dos marquitas por lo visto es una cosa estupenda, confesarse nada, comulgar cuando apetezca, ir a la Iglesia si te sale de ahí, y aquí todo vale.

–¿Vosotras también pensáis así?

–No. Pero debemos ser casi las únicas.

–¿Y qué queréis que haga yo?

–Si usted bastante hace.

Pues eso. No sé si me explico. No soy más que un pobre director de sucursal.

Súplica ante el Santo Sagrario

Oh, Jesús, haz de cada Sacerdote un verdadero sembrador de Tu amor. Te ruego por el Santo Padre, por los Obispos, por todos los Sacerdotes que me han hecho bien... por todos los Sacerdotes. Te pido, oh, Jesús que los sostengas en las batallas, los confortes en la soledad, los alientes en los fracasos, fecundes sus fatigas y derrames en sus corazones el amor de Tu Corazón divino.

Señor, para celar Tu honra y Tu gloria.

R/: danos Sacerdotes santos.

Señor, para aumentar nuestra fe. R/.

Señor, para sostener Tu Iglesia. R/.

Señor, para predicar Tu doctrina. R/.

Señor, para defender Tu causa. R/.

Señor, para contrarrestar el error. R/.

Señor, para aniquilar las sectas. R/.

Señor, para sostener la verdad. R/.

Señor, para dirigir nuestras almas. R/.

Señor, para mejorar las costumbres. R/.

Señor, para desterrar los vicios. R/.

Señor, para iluminar al mundo. R/.

Señor, para enseñar las riquezas de Tu Corazón. R/.

Señor, para hacernos amar al Espíritu Santo. R/.

Señor, para que todos Tus ministros sean luz del mundo y sal de la tierra. R/.

Oh, Jesús, Sacerdote Santo, Te pedimos con la mayor humildad del alma, que aumentes las vocaciones sacerdotales y que los formes según los designios de Tu amante Corazón. Sólo así conseguiremos Sacerdotes santos y pronto en el mundo no habrá más que un sólo rebaño y un sólo Pastor. Amén

COMO SACAR DINERO PARA EVANGELIZAR DE DEBAJO DE LAS PIEDRAS... Y DE FELIGRESES BIEN CUIDADOS

Pablo J. Ginés / Religión en Libertad



El párroco Emilio Montes y Álex Navajas, experto en gestión de recursos, en el Encuentro Inspira en Alicante 2023

Del 29 de junio al 2 de julio se celebró en la Universidad de Alicante el **encuentro de evangelización "Transforma"**, organizado por la asociación **Nunc Coepi** y la red de Parroquias Renovadas. Participaron unos **300 evangelizadores, incluyendo unos 60 sacerdotes, llegados de toda España**, e incluso llegados específicamente de México, Uruguay, Argentina, Perú e Italia.

En el encuentro se insistió en la idea

de "soñar sueños grandes" (para las parroquias, para la evangelización, para Cristo). Pero los sueños enseguida se aterrizan en la realidad: ¡las cosas cuestan dinero y recursos!

Por eso, uno de los talleres trató específicamente de eso: **obtener dinero para la evangelización, y aprovechar recursos que a menudo están mal aprovechados**, especialmente en España, donde abundan los edificios y espacios eclesiales, muchas veces mal gestionados.

A este taller acudieron unos **40 asistentes, de los que la mitad eran sacerdotes**. Hablaron el párroco de Valdepeñas, Emilio Montes, capellán de Nunc Coepi, y el periodista Álex Navajas, con muchas experiencias de gestión y aprovechamiento de espacios.

Un cura con don para el dinero

Emilio Montes ha ganado cierta popularidad en YouTube y en La Sexta porque en sus homilías, emitidas por Internet, suele **hablar con desparpajo**

sobre dinero (y otros temas). Nació en Ciudad Real en 1976, de una familia con origen en Jaén, que incluye emprendedores y empresarios. En 2002 fue ordenado sacerdote en Ciudad Real.

Le gusta hablar con claridad y retar a los sacerdotes para que a su vez reten a sus feligreses.

"Lo que he descubierto es que **cuando cuidas a la gente, la gente es generosa con lo que hagas en la parroquia. Pero has de ser claro y transparente**, has de contar las cosas", le dice a otros párrocos y evangelizadores.

"Sí, has de hablar con los parroquianos, por ejemplo, de **sus testamentos y herencias**. Yo les digo: ¿no vas a dejar nada para la parroquia? Y **ofrecer misas**: yo digo a veces 'con que me dejes 2.000 o 3.000 euros para decir misas, me vale'".

Los curas en el público se ríen, pero Emilio habla en serio, aunque use bromas: **hay que educar a los fieles, y a la vez mostrar resultados**.

"Me enviaron a una parroquia de 1.500 habitantes que en 9 años tuvo siete párrocos. **Cuando llegué a Valdepeñas, había doce mil euros en la cuenta de la parroquia y 120.000 euros en deudas**. Humanamente estaba hundida. Pues bien, en 13 años hemos reinvertido 1,3 millones de euros", ofrece como tarjeta de presentación.

"No hay que dar pena, hay que reclamar lo que es justo"

El padre Montes dice que para pedir dinero "no hay que dar pena" sino mostrar

que se está trabajando en algo bueno, y justo, en lo que todos deben participar.

"¿Verdad que si vives en un piso pagas gastos de escalera, de comunidad, limpieza, ascensor? ¡Y nadie protesta! Y al que no paga se le mira mal. Todos lo entienden. Pues lo mismo pasa con los gastos de la comunidad que es la parroquia", propone.

Anima a recordar a los fieles que pueden **ofrecer intenciones de misa**, y pagar un donativo por ello. Muchos fieles no lo piden porque no se les ofrece ni se les recuerda. "A veces, **con eso, recojo 2.000 o 2.400 euros al mes**", detalla.

A menudo vale la pena empezar con eslóganes pequeños, pero educativos. "Mi primera campaña decía: 'si cada vez que pasas por la parroquia **pones un euro, como un café**, se cubren los gastos básicos'". Eso, para empezar. En sus homilías, o al acabar las misas, **no le importa hablar de dinero y exhortar a la generosidad y el compromiso**.

En cierta ocasión, Montes llegó a una nueva parroquia. Vio que la casa del cura llevaba 20 años sin pintar. Y la hizo pintar.

–Llegó el cura nuevo, y lo primero que hizo fue pintar su casa –protestaron algunos en el consejo parroquial.

Montes respondió con argumentos para cambiar la mentalidad, porque, comenta, "a veces los curas somos un poco mojigatos al cuestionar las cosas".

–Tengo un amigo llamado Juan que trabaja de portero de una finca. La comunidad de vecinos le da piso, 1.000 euros al mes, le paga agua y luz y un mes de

vacaciones. Pues yo quiero las condiciones laborales de Juan, quiero mis mil euros, mi casa, agua y luz. Como sacerdote, vengo a servir, pero creo que mis condiciones no son exageradas –respondió.

“No pasa nada por aclarar las cosas, por dar razones. Puedes decir: aquí en la catedral trabajan personas en mantenimiento, limpieza, seguridad... habrá que pagarles, ¿no?”, propone.

El dinero sirve a la comunidad

Es verdad que **los feligreses piden al sacerdote que lleve una vida austera**, pero eso no significa que la parroquia esté helada en invierno, al contrario.

“A lo mejor no enciendo calefacción o refrigeración en la casa parroquial, pero sí en la parroquia, donde está encendida a todas horas. **Mi parroquia gasta 3.000 euros al año en calefacción y refrigeración, y hay que decirlo.** El dinero no está para llenar la cuenta, sino para que los fieles estén bien, a gusto en la parroquia”.

Un párroco debe esforzarse en **que los fieles se comprometan a un donativo mensual.** Debe haber un esfuerzo, por ejemplo, para poder enviar a los niños o adolescentes a campamentos o peregrinaciones. No existe el gratis total, pero **la frase clave para un párroco es preguntar: “¿cuánto puedes poner? El resto lo pone la parroquia”.** Así se educa en que las cosas cuestan y se pagan, pero la parroquia ayuda.

La parroquia se endeuda con familias amigas, y devuelve lo prestado

El padre Montes **anima a las parroquias a pedir préstamos privados a familias amigas, comprometiéndose a devolverlos.** “Es como cuando pides dinero a tus parientes: hay confianza, no hay prisas, pero se devuelve”.

Así, para comprar un órgano de tubos de segunda mano, Montes necesitaba 25.000 euros. “Le pedí a 10 familias concretas 2.500 euros a cada una como préstamo privado; esa cantidad a ellas no les hacía ningún daño. Y más adelante se lo devolví. Aunque digan ‘no hace falta que me lo devuelva’, lo devuelvo, porque así sé que siempre podré volver a pedírselo en más ocasiones”.

A menudo es bueno **animar a la gente a pagar proyectos concretos y visibles**, no “en general por la parroquia”. Por ejemplo, el párroco puede decir: **“necesito 30 personas que pongan 10 euros al mes durante 6 años para pagar tal cosa”.** Es un proyecto limitado, no es una carga pesada. Cuando se cumplen los 6 años, la mayoría no se borrará, sino que seguirá pagando para nuevos proyectos.

También hay que insistir en presentar la parroquia y sus servicios como una herencia de todos, que hay que cuidar, acrecentar y pasar a la siguiente generación. **“Esta herencia la recibimos de nuestros mayores y hemos de mantenerla”**, es una frase que resuena bien en muchos pueblos.

Pagar a algunos laicos y tener la parroquia abierta

Hay parroquias que están siempre cerradas por miedo a los robos. Montes, por supuesto, anima a prevenir robos, pero es más lo que se pierde por tener la parroquia cerrada que por robos.

“Nosotros **siempre estamos abiertos y en 13 años en la parroquia solo nos robaron unos cepillos viejísimos y unas bombillas** de bajo consumo. Cuando llegué a esta parroquia me dijeron que estaba todo cerrado para que no robaran. Yo dije: **‘hay que tenerla abierta. Tranquilos, si roban algo, yo lo repongo’**”.

Las parroquias viven del trabajo voluntario generoso de muchas personas, pero es bueno pagar algo a algunas. “En mi parroquia se paga al director del coro, que es profesor de Conservatorio, y hemos visto que en 10 años el coro mejoró mucho. Pero las limpiadoras son voluntarias. Cada parroquia ha de ver en qué invierte”.

También **es importante organizarse con secretarías.** “Yo tengo 3 secretarías en la parroquia. Una fue durante 40 años secretaria de alcaldía y su único ministerio en la parroquia era la relación con las instituciones. Ahora está jubilada, pero sigue sirviendo a la parroquia en esa función”.

Vender trastos por Wallapop, invertir en belleza

Hay párrocos que no tienen capacidad para gestionar cosas y trastos que traen los vecinos. Pero una parroquia que tenga espacios para almacenar puede

dedicar algún voluntario a clasificar los trastos útiles o venderlos por Wallapop.

Y ahora que la parroquia tiene dinero, hace inversiones. **“Tengo un equipo de laicos de confianza y son ellos los que hacen las inversiones.** Yo firmo lo que ellos me ponen por delante”, asegura Montes.

“Benedicto XVI hablaba mucho de la Vía de la Belleza, la ‘Via Pulchritudinis’. Pedía que la Iglesia se esforzara en hacer templos bellos en barrios pobres, por ejemplo. Yo digo: **que los salones parroquiales sean acogedores, que no parezcan un tanatorio soviético.** ¡Busca un plan de financiación y paga lo que haga falta! Haz algo hermoso. No quitará la pobreza, pero ofrecerás dignidad”.



El sacerdote Emilio Montes y Álex Navajas hablaron en el encuentro Inspira en Alicante de gestionar recursos y conseguir fondos para la evangelización y la pastoral

“No es que falten donativos, es que falta gestión”

España no es un país pobre, y la Iglesia española es heredera de siglos de donativos, edificios, espacios... Por eso, Álex Navajas denuncia: **“a menudo en la Iglesia no faltan donativos, sino gestión”**. O, dicho de otra forma: “quizá Dios te está diciendo **‘gestiona bien lo que ya tienes’**”.

Navajas ha sido uno de los responsables de Radio María (donde reestructuró espacios ahorrando gastos), director de un colegio y responsable varios años de la Hospedería del Valle de los Caídos. Siempre ha buscado **optimizar lo que encontraba y acoger los impulsos generosos de la gente**.

“La Biblia nos enseña que Dios valora a los buenos gestores. **En Génesis vemos que José, en Egipto, fue buen gestor; primero, con Putifar, luego con el Faraón**. Él daba gloria a Dios haciendo una gestión buena. Y yo siento que el Señor me llama a gestionar eficazmente espacios desaprovechados”, explica Navajas.

“Hace unos días vi un espacio parroquial en un lugar céntrico de Madrid, **200 metros cuadrados usados de almacén. ¿No es mejor ponerlo en alquiler y ganar un dinero cada mes**, dinero que puedes dedicar a evangelizar?”, pone como ejemplo.

En 2013, Álex Navajas empezó a trabajar con **la Hospedería del Valle de los Caídos**. “Es inmensa y cuando llegué me dijeron que **llevaba 15 años perdiendo dinero. Pensé: ¿cómo es posible** que pierda dinero, si es un sitio magnífico,

al lado del Escorial, con su turismo internacional, a 50 km de Madrid?”

Su tarea durante varios años incluyó:

–**cuidar más a los visitantes habituales**, mejorando el menú, las camas, calefacción,

–mostrarse **más acogedor con el visitante ocasional y nuevo**, quitar viejos carteles que desincentivaban la visita,

–dar **sensación de lugar “especial”**: usar muebles antiguos y sillas elegantes antes olvidadas en un almacén, esconder las sillas de plástico y de madera plegables,

–**mejorar la decoración**, utilizar cuadros y acuarelas (regalados o muy baratos),

–**mejorar la tienda de la entrada, formar a los recepcionistas para vender**, aceptar acuerdos con orfebres o editoriales, vender muy baratos libros antiguos que la editorial del monasterio almacenaba sin uso...

Un recurso que propone Navajas es la **Fundación Valora**, cuyo lema es **“Todo vale, nada sobra”**. **Desde hace 20 años gestiona excedentes de empresas** (mesas, sillas, muebles...) que muchas ONGs y entidades cristianas pueden reutilizar. “Calculo que, en un año, en muebles y objetos **nos dieron en especie el equivalente a 90.000 euros**”, apunta.

También vale la pena tener contactos, hacerlos, y “que tu gente (feligreses, amigos, usuarios) conozca tus necesidades”. **“Hay gente que desea**

que le pidas, quizá no dinero, pero sí otras cosas”, detalla. “Una vez fui a un hotel que remodelaban y me llevé 6 camiones de mantas, muebles, colchones, camas, carteles de salida de emergencia para la hospedería (unos 100; parece una tontería, pero con cada uno ahorré los 10 euros que valen).

Por último, Álex Navajas propuso **las “tres Cs” del buen gestor** que aprovecha sus recursos y contactos:

1) Coordina. “Conoces a tu gente, quieren ayudar, ofrecen sus habilidades, sus dones, a veces tiempo, objetos, espacios... **¡Ilusionales, ellos pueden hacer todo tipo de cosas!**”, anima Navajas. Un párroco o un evangelizador no tiene por qué gestionar un almacén de trastos, tienda, librería o Wallapop... pero **puede buscar a alguien que esté dispuesto a hacerlo**, igual que busca catequistas o voluntarios de limpieza.

2) Crea. En vez de repetir fórmulas viejas que cuestan dinero, hay que **pararse y pensar nuevas ideas**, nuevas formas de usar espacios, de implicar personas, de generar beneficios y recortar gastos. Cosas que antes parecían “un trasto viejo” ahora puede ser un “objeto con encanto” que atrae visitantes o hace especial un lugar. Una ruta lejana y remota ahora puede ser un “rincón hermoso para perderse” (o encontrar a Dios).

3) Comunica. **Mucha gente no hace donativos porque no se le piden**. Una parroquia en el Camino de Santiago, o con interés turístico, puede ser de visita

gratuita, pero debería tener carteles pidiendo donativos “para la luz”, “para el mantenimiento”. **Puede ser un cartel de “entrada gratis, donativo sugerido 2 euros”**. Y peregrinos y turistas irán dejando dinero donde antes no había, como comprobó Navajas en un pueblo de Palencia.

Los carteles y comunicaciones pueden anunciar de mil necesidades e ideas, pueden ofrecer patrocinios, domiciliaciones, campañas concretas, mecenazgos...



Voluntarios de la asociación Avante recogen lámparas donadas a través de Fundación Valora. Las parroquias y apostolados católicos pueden, apoyándose en voluntarios, estar atentas a este tipo de donativos en especie

Al final, **a la buena gestión se le aplica esa creatividad expresiva** que encaja bien con las palabras del Papa Francisco en Rio de Janeiro hace ya 10 años en 2013: **“¡Quiero lío, hagan lío!”**.

Quien no hace nada, parece que no se equivoca en nada... pero **se equivoca en no usar los talentos como pide la parábola de Jesús. "Prefiero una iglesia accidentada** en la calle, que enferma sin salir", decía el Papa.

La buena gestión, creativa, es también parte de la evangelización, y esos "nuevos métodos, nuevo lenguaje y nuevo ardor" que pedía Juan Pablo II.

Oración para una visita a Jesús Sacramentado

¡Oh, Jesús de mi alma, encanto único de mi corazón!, heme aquí postrado a tus plantas, arrepentido y confuso, como llegó el hijo pródigo a la casa de su padre. Cansado de todo, sólo a Ti quiero, sólo a Ti busco, sólo en Ti hallo mi bien. Tú, que fuiste en busca de la Samaritana; Tú, que me llamaste cuando huía de Ti, no me arrojarás de tu presencia ahora que te busco.

Señor, estoy triste, bien lo sabes, y nada me alegra; el mundo me parece un desierto. Me hallo en oscuridad, turbado y lleno de temor e inquietudes...; te busco y no te encuentro, te llamo y no respondes, te adoro, clamo a Ti y se acrecienta mi dolor. ¿Dónde estás, Señor, dónde, pues no gusto las dulzuras de tu presencia, de tu amor?

Pero no me cansaré, ni el desaliento cambiará el afecto que me impulsa hacia Ti. ¡Oh, buen Jesús! Ahora que te busco y no te encuentro recordaré el tiempo en que Tú me llamabas y yo huía... Y firme y sereno, a despecho de las tentaciones y del pesar, te amaré y esperaré en Ti.

Jesús bueno, dulce y regalado padre y amigo incomparable, cuando el dolor ofusque mi corazón, cuando los hombres me abandonen, cuando el tedio me persiga y la desesperación clave su garra en mí, al pie del Sagrario, cárcel donde el amor te tiene prisionero, aquí y sólo aquí buscaré fuerza para luchar y vencer.

No temas que te abandone, cuando más me huyas, más te llamaré y verteré tantas lágrimas que, al fin, vendrás... Sí..., vendrás, y al posarte, disfrutaré en la tierra las delicias del cielo.

Dame tu ayuda para cumplir lo que te ofrezco; sin Ti nada soy, nada puedo, nada valgo... Fortaleceme, y desafiare las tempestades.

Jesús, mío, dame humildad, paciencia y gratitud, amor..., amor, porque si te amo de veras, todas las virtudes vendrán en pos del amor.

Te ruego por los que amo... Tú los conoces, Tú sabes las necesidades que tienen; socórrelos con generosidad. Acuérdate de los pobres, de los tristes, de los huérfanos, consuela a los que padecen, fortalece a los débiles, conmueve a los pecadores para que no te ofendan y lloren sus extravíos.

Ampara a todos tus hijos, Señor, más tierno que una madre.

Y a mí, que te acompaño cuando te abandonan otros, porque he oído la voz de la gracia; a mí, que no te amo por el cielo, ni por el infierno te temo; a mí, que sólo busco tu gloria y estoy recompensado con la dicha de amarte, auméntame este amor y dadme fortaleza para luchar y obtener el apetecido triunfo.

Adiós, Jesús de mi alma salgo de tu presencia, pero te dejo mi corazón; en medio del bullicio del mundo estaré pensando en Ti, y a cada respiración, entiende. oh Jesús, que deseo ser tuyo. Amén

DE LA TEOLOGÍA DE LA LIBERACIÓN A LA TEOLOGÍA HOMOSEXUAL

Javier Olivera Ravasi / InfoCatólica

Pocos católicos son conscientes de que el surgimiento de la Teología de la Liberación (Tdl) no fue un hecho fortuito o aislado, sino **la culminación de un largo proceso histórico.**

Impulsado por generaciones de conspiradores dicho proceso se desarrolló inicialmente en Europa, a través de sucesivos intentos de inocular en la Iglesia una serie de errores doctrinales que, llevados a sus consecuencias últimas, implicarían en adulterar completamente la fe católica y en convertirla en otra religión. O sea, destruirla.

Tras muchas vicisitudes, en la segunda mitad del siglo XX tal proceso desembocó en la Tdl. A esas alturas su blanco prioritario pasó a ser América Latina, el continente católico, sin descartar por cierto otras áreas como América del Norte y la propia Europa, donde empero su incidencia fue menor.

Aunque el término **"Teología de la Liberación" fue acuñado bien antes de que el P. Gustavo Gutiérrez** publicase en Lima su libro con ese título, dicha publicación en el año 1971 constituyó como la *première*, el lanzamiento formal ante el público católico de la Tdl como

un sistema doctrinal estructurado y coherente en todas sus partes. Por eso se considera al Perú como la cuna de ese movimiento teológico.

Desde entonces la Teología de la Liberación –que más podría calificarse de "no-teología", ya que se reduce a **una justificación pseudo-teológica de la lucha de clases** y otras acciones revolucionarias en el campo sociopolítico– ha servido de sustento a sucesivos y ruinosos gobiernos marxistas latinoamericanos.

Desde las dictaduras velasquista y posvelasquista en Perú (1968-1979) o los regímenes de Torres en **Bolivia** (1970-71) y Allende en **Chile** (1970-73) hasta el hoy agonizante gobierno del Partido de los Trabajadores en **Brasil**, pasando por los regímenes sandinista de **Nicaragua**, chavista de **Venezuela**, socialista de Rafael Correa en **Ecuador**, etc., todos ellos han tenido como mentores a elementos de destaque de la Tdl.

Pero no en vano Nuestro Señor Jesucristo afirmó que "mis ovejas oyen mi voz" (Jn 10, 27). El pueblo católico nunca reconoció en las sinuosas elucubraciones de los portavoces de la

Tdl –farragosas, llenas de presunción y cargadas de espíritu revolucionario– un eco verdadero de las “*palabras de vida eterna*” (Jn 6, 68) del divino Salvador, tan sencillas y sublimes a la vez. Al contrario, la jactanciosa retórica de esos teólogos siempre le sonó en falso.

Por otro lado, teólogos de verdad y de valor fueron saliendo a campo a refutar con autoridad estas o aquellas falacias de la Tdl. Y, así, **gradualmente, esta fue convirtiéndose en un fenómeno de sacristías y salones de intelectuales de la “izquierda católica”**, tales como los que sobreviven enquistados en uno de sus últimos bastiones, la ex Pontificia Universidad Católica del Perú –PUCP, al acecho de una oportunidad para resurgir.

Y mientras aguardan su chance, no pierden ocasión para promover agitación y desmanes en el país, al igual que lo hacen en el Brasil y otras naciones hermanas de América. Teólogos de la Liberación estuvieron tras los bastidores del “*baguazo*” de 2009 o de las turbulencias antimineras del 2011-2012 en Cajamarca (sobre todo el exsacerdote Marco Arana), como las del 2011 al 2015 en Arequipa, para sólo mencionar esos episodios saldados con decenas de muertes. Todo lo cual muestra **una Tdl reciclada, ahora con fachadas ambientalistas** y, como siempre, aliada al extremismo político revolucionario.

Por eso se hacía necesario un trabajo de buen quilate intelectual, que pusiese al descubierto cómo se gestó históricamente la trama para imponer

la Tdl, y al mismo tiempo mostrase en una vista de conjunto la suma de errores teológicos y filosóficos que convergen en ese movimiento hasta nuestros días. Ello descalificaría a la Tdl como teología digna de tal nombre, y la mostraría como lo que verdaderamente es: **un engendro intelectual, una mistificación ideológica al servicio de la Revolución anticristiana**. Con eso, dicha corriente quedaría pulverizada en los propios ambientes donde aún osa presentarse.

(Del Prólogo de la obra, de Julio Loredó de Izcue, “*Teología de la liberación. Un salvavidas de plomo para los pobres*”).

Oración por la conversión de los pecadores

¡Oh, Jesús, Redentor del hombre!, que tanto sufriste por el amor y la salvación de los pecadores, sabiendo que no todos iban a aceptar tu Sacrificio...

Yo quiero unirme a esos Tus sentimientos de Amor, de Perdón y Misericordia, y pedirte en este día la salvación de mil pecadores por cada latido de mi pobre corazón, unidos a los latidos del vuestro y a los del Corazón Inmaculado de María, vuestra Santísima Madre y nuestra, que nos disteis al pie de la Cruz.

Os lo suplico, por vuestra Preciosa Sangre y vuestra Divina Misericordia. Amén

LO 1º EN LA IGLESIA: EL SACERDOTE/EL SACERDOCIO

José Luis Aberasturi / InfoCatólica

O el Sacerdocio/el Sacerdote, que tanto monta. Y digo lo 1º en orden a RESTAURAR. Porque es lo que está más machacado, deconstruido y arrasado en Ella. Y así no hay forma. Es que vamos al precipicio, si no es que ya estamos en él... La trágica ausencia de Sacerdotes en la Iglesia, al menos en el mundo Occidental, es tan notoria que se ha hecho incapaz de ser ocultada: y necesita remedio ¡YA!

Porque mientras no se recomponga el Sacerdote y el Sacerdocio que lo constituye como tal, aquél no pasará de ser un remedo del funcionario por lo civil. Y el Sacerdocio un funcionariado –una carrera–, igual que en la sociedad civil.

Sin el Sacerdote, en la Iglesia no está Cristo. Ni se le espera.

De entrada, al Sacerdote se le ha arrancado –inmisericordemente– su Señal de Identidad más genuina: **Sacerdos, alter Christus**. Expresión y realidad a un tiempo que no es un invento de la Iglesia: lo dice el mismo Jesucristo en la Última Cena, el Jueves Santo y ante los suyos, a lo largo de su extensa e intensa Oración Sacerdotal: **El que recibe al que Yo envío, a Mí me recibe; y el que me recibe, recibe al que me ha enviado**. La identificación que Él mismo establece no puede ser más clara y absoluta. Y lo hace también

en otros momentos y circunstancias.

Oración Sacerdotal de Cristo, que recoge detenidamente y al por menor san Juan, testigo de visu de tales hechos y de tales palabras, en los cc. 13-17 del Cuarto Evangelio. Unos capítulos de obligada maduración, en la oración personal de los Sacerdotes, a lo largo de toda su vida ministerial. Y también de los muy próximos a serlo.

En todos esos capítulos Jesucristo nos abre su Corazón Sacerdotal: el mismo Corazón presente en la Eucaristía –su Corazón Eucarístico, permanentemente abierto por nosotros, sin pretensión alguna de querer cauterizarlo: Jesucristo quiere estar y presentarse de este modo ante todos nosotros–, que vive y late encendido de Amor por todos sus hijos en su Iglesia; muy en especial por sus hijos Sacerdotes.

Aquí es donde el Sacerdote ha de empapar su propio corazón si quiere ser lo que debe ser: lo que es Sacramentalmente: El mismo Cristo –**Os he dado ejemplo, para que hagáis como Yo he hecho**–, en favor de sus hermanos los hombres: **Id por todo el mundo**.

Siempre con la confianza puesta en Él y en sus Promesas: **No os turbéis: creed en Dios, y creed también en Mí**. Porque: **fiel es Dios, que ha comenzado una obra**

buena en vosotros, y la llevará a cabo. Así nos confirma en nuestra Fe y en nuestra Esperanza el mismo Jesús.

Todo este aniquilamiento, *ab interno* de la Iglesia Católica, ha venido impuesto desde arriba, como no ha podido ser de otra manera. Y a conciencia. Un desastre de conciencia, por cierto.

Porque, en primer lugar, se le ha destituido de su especificidad más suya, como acabamos de referir: **su identidad con Cristo. Su Esencia.**

Pero, además y para mayor destrozo, se le ha alejado –rebajado, desposeído–, directa o indirectamente, de su misión más específica: **la Salvación de las almas. Su única Función.**

Todo lo demás, o está en línea con estas sus dos Verdades, o no valdrá para NADA. Y el propio Sacerdote se quedará en nada.

En esta su más precisa unidad de Esencia y Función: porque sólo desde su reconocimiento e identificación con Cristo podrá el Sacerdote, como Él, buscar a las ovejas, rescatarlas y volverlas al redil. Y así se santifica a sí mismo: este es el **unum necessarium** de todo hijo de Dios en su Iglesia en medio del mundo.

Como todo se ha impuesto desde arriba, sólo desde arriba podrá venir la solución a toda la Iglesia.

Siempre habrá, porque la Gracia de Dios **non est abbreviata**, sacerdotes singulares, muy tocados por el Corazón Divino, que estarán muy por encima de “lo oficial” y “del oficialismo”, impuesto hasta con penas canónicas si hace falta.



Pero no es lo normal: es lo Extraordinario de la Acción Divina.

Y, ¿qué le toca a la Jerarquía en esta papeleta, tan ardua como urgentísima; tan espiritual como fiel al mandato recibido de Cristo?

De entrada, le toca TODO, pues es Ella quien lo ha trastocado todo; y, por tanto y en la mejor lógica –también en cuanto a su responsabilidad moral–, lo debe hacer. O rehacer. O re–construir de nuevo.

Porque así no podemos seguir por más tiempo. O sí: pero, en este caso se va todo al garete. Ciega, irracional e inexorablemente. Sería el principio del fin: la Gran Apostasía estaría ya perfectamente montada.

¿Lo está? Porque hay personas que piensan que sí. Y no son ni visionarios, ni engendradores de catástrofes, ni anunciadores de calamidades...

Podemos preguntarnos, y respondernos valientemente, con absoluta sinceridad ante Cristo que nos Preside desde el Sagrario: ¿Cuántos planes para suscitar vocaciones sacerdotales se han montado en las Diócesis desde el año

1965? No voy a decir que infinitas..., pero se le acercan bastante. ¿Cuáles han sido los resultados?

Hay Diócesis que ya no tienen ni Seminario. Y en la mayoría de las que aún lo mantienen, es porque han juntado en uno a los contados seminaristas de varias de ellas.

Obvio, por supuesto, la desbadada de los años setenta y primeros de los ochenta. Como no hago alusión detallada de la tragedia de los abusos de todo tipo por parte del clero.

Pero sí me pregunto: ¿Es siquiera racional mantener los mismos estándares en orden a suscitar firmes y fecundas vocaciones sacerdotales, cuando los resultados, tercos, son los que son?

Y si nos vamos a calibrar el “éxito” en la selección y formación de los futuros sacerdotes, ¿qué frutos se han cosechado? ¿Cuál ha sido su índice de perseverancia, para los primeros tres/cinco/diez años, por ejemplo? ¿Cuáles los motivos por los que no han perseverado en el sacerdocio?

Los responsables de este tema, ¿se arremangan los brazos hasta arriba, bien dispuestos a meterse en harina, sin miedo a mancharse hasta las cejas? ¿Podremos saber algún día de qué van?

¿Es “normal” que el cambio de obispo al frente de una Diócesis, no haya supuesto el menor cambio, a mejor, en este tema? A peor, sí, por supuesto. ¿Es casualidad o es causalidad la tenaz y errada perseverancia en este asunto clave para la Iglesia y para las almas?

¿Estamos autorizados a preguntarnos si esto es querido así por algunos de los miembros de la Jerarquía?

Porque, reunirse y reunirse para cambiarlo todo de modo que nada cambie, es un sin sentido. “*Marear la perdiz*” es no ganarse ni el sueldo.

Pero lo cierto y verdad es que mientras no se arregle el tema del Sacerdocio y qué es y para qué está el Sacerdote nada cambiará en la Iglesia, excepto para peor.

Creo que habrá que seguir con el tema, pues da para mucho más.

PS. Oración del papa Benedicto XVI para pedir por los Sacerdotes, ante el Santísimo Expuesto:

“*Señor Jesús, presente en el Santísimo Sacramento, que quisiste perpetuarte entre nosotros por medio de tus Sacerdotes: haz que sus palabras sean sólo las tuyas, que sus gestos sean los tuyos, que su vida sea fiel reflejo de la tuya.*

Que ellos sean los hombres que hablen a Dios de los hombres y hablen a los hombres de Dios.

Que no tengan miedo al servicio, sirviendo a la Iglesia como Ella quiere ser servida.

Que sean hombres, testigos del Eterno en nuestro tiempo, caminando por las sendas de la historia con tu mismo paso, y haciendo el bien a todos.

Que sean fieles a sus compromisos, celosos de su Vocación y de su Entrega, claros espejos de la propia identidad y que vivan con la alegría del Don recibido.

Te lo pido por tu Madre Santa María: Ella, que estuvo presente en tu Vida estará siempre presente en la vida de tus Sacerdotes. Amén”.

Animaos a rezarla, por amor de Dios y de sus Sacerdotes. Con toda la Fe y la Esperanza de que seáis capaces. El Señor Jesús cuenta con ello. Ayer lo recogía el Santo Evangelio: **Pedid al Dueño de la mies, que envíe operarios a su mies...**

Sacerdos, alter Christus! Proclama además la Grandeza de su Elección Divina; y edita lo que debe ser su más íntimo anhelo: su personal Hoja de Ruta, si quiere ser fiel a lo que debe serlo: a Cristo, a la Iglesia, a las almas todas..., y a sí mismo.

Esta Hoja de Ruta no se limita, como es natural –y no digamos en el orden sobrenatural–, a su ejercicio en el desempeño de su quehacer meramente sacerdotal. Para nada.

Esta expresión, **Sacerdos, alter Christus!** se ha de convertir en su más y mejor empeño personal por alcanzarlo, como su más grande cima personal –y única, por cierto–, de Santidad. Es la Santidad Sacerdotal buscada como empeño personal por corresponder al Señor; y, de este modo, luchar por ser un Sacerdote Santo, para acabar siéndolo: el Cielo está empeñado en este logro: es el triunfo de Cristo en sus Sacerdotes.

Personalmente, he conocido un ejemplo, singular y grandioso, de lo que estoy diciendo: san Josemaría Escrivá de Balaguer. Siendo sacerdote joven,

allá por los años veinte del siglo pasado, remitía a su Director Espiritual en Madrid un generosísimo plan de vida ascética.

Y para urgirle a que le autorizara –¡la obediencia sacerdotal al Director Espiritual! Así se han forjado, y se forjan, los Sacerdotes Santos–, le apremia: “No dude en aprobar, pues he de ser santo, y padre en maestro de santos”. Y se lo aprobó.

Desde aquí, san Josemaría, mirando hacia adelante en su vida de correspondencia total al querer de Dios, pensando en lo que ya le había puesto Jesús entre las manos –la Fundación de la Obra–, y teniendo en su corazón a la Iglesia entera y a las almas todas –por todo esto hablamos hoy de SAN Josemaría–, lo ejecutó con grandísima generosidad. Opus Dei que, por aquel entonces, no contaba más que con él como única muestra real y visible.

Para reconstruir, por tanto, al Sacerdote en su singularidad –nada en este mundo puede compararse ni de lejos: mucho menos de cerca–, teniendo en cuenta el Sacerdocio que asume –que no es otro que el mismo Sacerdocio de Cristo, Único y Verdadero Sacerdote–, y que lo determina totalmente en su vida –pasada, presente y futura–, apuntábamos la necesidad de una intensa y extensa Vida Interior.

Sin ella, sin el empeño personal por buscar y tener verdadera Intimidad con Cristo, no puede haber Santidad personal; como no puede ser Cristo en medio de nadie: él mismo se habría apartado de su Vocación Sacerdotal.



En este mismo momento, su “conversión” en mero “funcionario de lo eclesial y de lo espiritual” –caso de que se pueda seguir hablando en estos términos y en este horizonte: para mí, ya no–, ya está dada: por buscada, a sabiendas; o por dejadez; o por falta de preparación; o por inmadurez y apocamiento interior. Y exterior. Porque son inseparables.

Sí. El Sacerdote, como se recordaba antes del Concilio en todos los Seminarios españoles, y supongo que en todo el mundo, “debe hacerse” lo que predica, lo que “toca”, lo que “es”.

Sin esto, no hará más que estorbar, en el mejor de los casos. O se habrá echado ya, desgraciadamente, “a los pies de los caballos”. Y será devorado por el entorno: con las complicidades personales, que siempre las hay. De hecho, se ha comido ya a muchos hermanos nuestros.

Claro que en las cosas del Espíritu, si uno quiere, nada está totalmente perdido, porque el Señor, que nos ama con locura, fielmente, siempre perdona: por esto, siempre espera, siempre busca, siempre anhela... Sólo dentro del Infierno

no hay Salvación que valga.

Por este motivo, Jesucristo nos busca y nos desea: a todos sus hijos en su Iglesia; pero muy en especial, a sus hijos Sacerdotes, en los que “se ve”, y en los que “se vuelca” de un modo especialísimo, y no sólo de cara a las almas, sino de cara a ellos mismos: sus Sacerdotes, a los que siempre tiene presente desde el Jueves Santo.

Y la prueba más determinante y concluyente es que así se lo encarga a su Madre. Y Ella, como hizo con Juan, nos coge de su mano y nos lleva a su Hijo.

Esta es la explicación del por qué sí está Juan –que, en el momento del Prendimiento, había huido como todos los Apóstoles–, siguiendo al Señor camino del Calvario; y estará al pie de la Cruz –¡cómo iba a faltar! –, y en su piadoso Enterramiento: es que la Santísima Virgen se lo ha llevado con Ella: “¡Tú, conmigo!”.

Bien podemos afirmar que, al ser verdaderamente la Madre de Jesús, derrama sobre sus hijos Sacerdotes su amor más maternal, su amor más especialmente tierno, con acentos y realidades inefables.

Todo esto lo declara Jesucristo a un cartujo, sacerdote también, con palabras inequívocas, de las que entresaco algunas de sus Palabras.

“Este es el camino que Yo pondré delante de todos Mis sacerdotes. Yo quiero que ellos caminen en la luz de mi Rostro (Sal 88, 16 [80, 15]), abandonando toda oscuridad y deseando nada más que descansar en Mi Sagrado Costado.

Mi Corazón traspasado es la fuente de

pureza, de sanación y de santidad para todos Mis sacerdotes. ¡Cuánto quiero atraerlos a Mi Corazón abierto en el Sacramento de Mi amor! {La Eucaristía}. Es suficiente con que vengan a Mí, incluso si están cansados, sin palabras o pensamientos afectuosos. Por el simple hecho de venir, demuestran su amor y su deseo de Mi acción sanadora y purificadora en sus almas”.

“Debes aprender a permanecer en Mi presencia, a quedarte allí todo el tiempo que puedas, porque esta es la esencia misma de la vida a la que te he llamado aquí. Cuando Me dejas por otras cosas, estás comprometiendo la inmensa gracia que te he dado al traerte aquí para ser el sacerdote adorador de Mi Rostro Eucarístico”.

“No eres tú quien hace grandes cosas (...), sino Yo viviendo en ti como en una humanidad de sur croit [Una humanidad sobreañadida. Esta frase es de la oración: “O mon Dieu, Trinité que j'adore” por la Beata Isabel de la Trinidad: “O Feu consumant, Esprit d'amour, 'sur-venez, en moi', afin qu'il fasse en mon âme comme une incarnation du Verbe: que je Lui sois une humanité de sircroit en laquelle Il renouvelle tout mon Mystère”], otra humanidad marcada por Mi sacerdocio, otra humanidad en la que pueda ofrecerme al Padre y derramarme por las almas.

Esta es la vocación de cada sacerdote: permitirme vivir Mi misión de Sacerdote Eterno y Víctima en ellos. (...). Y esto es por lo que, la misma noche anterior a Mi sufrimientos, oré para que Mis Apóstoles

fueran uno Conmigo, así como Yo soy uno con Mi Padre”.

“La oración que tú has estado diciendo después de la Sagrada Comunión se inspira en Mi propia oración por todos Mis sacerdotes:

Oh, mi amado Jesús, / úneme a Ti, / mi cuerpo a Tu Cuerpo, / mi sangre a Tu Sangre, / mi alma a Tu Alma, / mi corazón a Tu Corazón, / todo lo que soy a todo lo que Tú eres, / para hacerme Contigo, oh, Jesús, / un sacerdote y una víctima / ofrecidos a la gloria de Tu Padre, y por amor a Tu Esposa, la Iglesia.

Y sí, Yo quiero que le agregues: Para la santificación de Tus sacerdotes, / la conversión de los pecadores / las intenciones del papa Benedicto XVI {estamos en 15 de abril de 2009} / y en dolorosa reparación / por mis innumerables pecados / contra Ti en Tu Sacerdocio / y en el Sacramentos de Tu amor. Amén

Cada vez que un sacerdote peca, peca directamente contra de Mí y la Santísima Eucaristía hacia la cual se ordena todo su ser. Cuando un sacerdote se acerca a Mi altar cargado de pecados que no han sido confesados o por los cuales no se ha arrepentido, Mis ángeles miran con horror, Mi Madre se aflige y Yo nuevamente soy herido en Mis manos, Mis pies y en Mi Corazón. Nuevamente soy golpeado en Mi boca y tratado con

una terrible ignominia. Es por eso por lo que llamo a mis sacerdotes a la pureza de corazón y a la confesión frecuente. Es por eso por lo que te pido que confieses tus pecados semanalmente y que con la adoración de Mi Rostro Eucarístico se purifique tu corazón y te haga menos indigno de ofrecer el Santo Sacrificio. Los pecados de Mis sacerdotes son una grave ofensa para Mi propio sacerdocio y para Mi Inmaculada Victimización.

Todo sacerdote Mío debe vivir para el altar y desde el altar. Sé consciente de esto y aprenderás a odiar el pecado y te apartarás del pecado con disgusto. Aprende esto y no desearás nada más que la pureza de corazón y la santidad de la vida.

Cuando un sacerdote peca, peca contra Mi Cuerpo Eucarístico y contra Mi Cuerpo Místico, tan íntima es la relación entre su ser y el Sacramento de Mi Cuerpo y Sangre ofrecidos al Padre y dadas para la vida de Mi Esposa, la Iglesia”.

Personalmente, me siento incapaz de añadir nada más.

Vamos a rezar por los Sacerdotes. Para que haya, de entrada, muchísimos más.



Oración de Juan Pablo II

Oh, María sin pecado concebida, ruega por nosotros que recurrimos a Vos. Ésta es la oración que tú inspiraste, oh María, a santa Catalina Labouré, y esta invocación, grabada en la medalla la llevan y pronuncian ahora muchos fieles por el mundo en tero. ¡Bendita tú entre todas las mujeres! ¡Bienaventurada tú que has creído! ¡El Poderoso ha hecho maravillas en ti! ¡La maravilla de tu maternidad divina! Y con vistas a ésta, ¡la maravilla de tu Inmaculada Concepción! ¡La maravilla de tu fiat! ¡Has sido asociada tan íntimamente a toda la obra de nuestra redención, has sido asociada a la cruz de nuestro Salvador! Tu corazón fue traspasado junto con su Corazón. Y ahora, en la gloria de tu Hijo, no cesas de interceder por nosotros, pobres pecadores. Velas sobre la Iglesia de la que eres Madre. Velas sobre cada uno de tus hijos. Obtienes de Dios para nosotros todas esas gracias que simbolizan los rayos de luz que irradian de tus manos abiertas. Con la única condición de que nos atrevemos a pedirte, de que nos acerquemos a ti con la confianza, osadía y sencillez de un niño. Y precisamente así nos encaminas sin cesar a tu Divino Hijo. Te consagramos nuestras fuerzas y disponibilidad para estar al servicio del designio de salvación actuado por tu Hijo. Te pedimos que por medio del Espíritu Santo la fe se arraigue y consolide en todo el pueblo cristiano, que la comunión supere todos los gérmenes de división que la esperanza cobre nueva vida en los que están desalentados. Te pedimos por los que padecen pruebas particulares, físicas o morales, por los que están tentados de infidelidad, por los que son zarandeados por la duda de un clima de incredulidad, y también por los que padecen persecución a causa de su fe. Te confiamos el apostolado de los laicos, el ministerio de los sacerdotes, el testimonio de las religiosas. Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús. Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén

FALTA TESTIMONIO CRISTIANO

Clementino Martínez Cejudo / Religión en Libertad



'Seréis mis testigos' (Hch 1, 8) es un mandato explícito de Jesucristo a sus discípulos, y una exigencia de nuestro bautismo y nuestra confirmación. 'El Milagro de los cinco panes y dos peces que hizo Jesucristo en el desierto', por Francisco Herrera el Viejo (1590-1654), Museo de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando

En una estación de **ferrocarril** o en un **aeropuerto**, no recuerdo bien. Multitud de personas deambulan de un lado para otro. Muchos paran un momento por el tablero de anuncios de entradas y salidas, otros con aspecto de cansados, se sientan donde pueden.

De pronto me atrae la atención un **señor de pie** en medio de esa multitud que va y viene. Es sin duda alguna un **judí que hace su oración**, acompañada de los movimientos corporales propios de

su modo de orar. Está totalmente ajeno a lo que le rodea. Por su supuesto que estaba extraño a lo que pudieran pensar.

Les aseguro que, si bien los he visto rezar en otros lugares, en ese momento y en esas circunstancias me hizo reflexionar y preguntarme: **¿cuántos cristianos estarían dispuestos a un acción semejante?**

Entre los católicos, he visto a sacerdotes que hacían su oraciones en el tren y a gente de todo género y condición **santiguarse** al elevarse y descender el avión y al empezar la marcha el tren (aunque cada vez menos y hoy casi nadie). Pero algo semejante a lo que supone la oración de los judíos por su forma y en esas o parecidas circunstancias no he visto. Sirva esta historia de entrada para nuestro tema.

Un lamento ineficaz

Nos lamentamos de la **situación actual de la Iglesia**. Hay razón para ello. Seminarios y casas de formación de religiosos y religiosas vacías o con un número ínfimo de aspirantes. Descenso notable de la asistencia a la Misa dominical. Aumento de divorcios y uniones matrimoniales sin sacramento. Confesonarios con descenso preocupante de penitentes. Disminución de bautismos y confirmaciones. Aumento de los católicos bautizados que no se reconocen como tales y más todavía sin manifestarlo.

Pero de nada sirve si nos quedamos en el lamento. Dios tiene caminos que sobrepasan nuestro conocimiento. Él dirige con sabiduría infinita el fluir de la historia; pero es bien sabido, aunque sea un misterio insondable, que entra en sus datos de guía de la historia **la responsabilidad humana**. Y en ese espacio que deja en manos de la libertad humana hay un quehacer que da la impresión de estar un tanto olvidado. Me refiero a la obligación que tenemos todos los cristianos de **ser testigos de Cristo con nuestra vida y con nuestra palabra**.

Cuando ando por la calle y luego extendiendo mentalmente la mirada en un recorrido por la sociedad cristiana que conozco, apenas veo signos de testimonio cristiano. Realidad que, a pesar de las diferencias entre ambos momentos, tiene poco que ver con lo que reflejan estas palabras de los **Hechos de los Apóstoles**: «Y perseveraban en la enseñanza de los apóstoles, en la comunión, en la fracción del pan y en las oraciones. Todo el mundo estaba impresionado» (Hch 2, 42-43). **Todo el mundo estaba impresionado.**



La exigencia de ser testigos

El **mandato** es claro y reiterativo. Dice el Señor: «Vosotros sois la luz el mundo. No se puede ocultar una ciudad puesta en lo alto de un monte. Tampoco se enciende una lámpara para meterla debajo del celemín, sino para ponerla en el candelero y que alumbre a todos los de casa. Brille así vuestra luz ante los hombres para que vean vuestras buenas obras y den gloria a vuestro Padre que está en los cielos» (Mt 5, 12-16).

Es la hora de la despedida y de las **últimas instrucciones** a sus apóstoles antes de la subida a los cielos, y les dice: «Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo que va a venir sobre vosotros y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaría y hasta el confín de la tierra» (Hch 1, 8).

«Ahora bien –dice **San Pedro**– [si tuvierais que sufrir por causa de la justicia] **no les tengáis miedo. Más bien, glorificad a Cristo el Señor** en vuestros corazones, dispuestos siempre para dar explicaciones a todo el que os pida una razón de vuestra esperanza» (1P 3, 15).

Y **San Pablo** escribía así a los fieles de Éfeso: «Os conjuro a que os portéis de una manera digna de la vocación a la que habéis sido llamados» (Ef 4, 1). Y a los de Roma les recordaba que es necesario obrar el bien no solo delante de Dios, sino también delante de los hombres.

Palabras que no tienen como destinatarios sólo a los apóstoles, sino que, en su forma y medida, atañe a todos los cristianos. El Concilio Vaticano II nos recuerda: «Los fieles, incorporados a la

Iglesia por el bautismo, quedan destinados por el carácter al culto de la religión cristiana y, regenerados como hijos de Dios, **tienen el deber de confesar delante de los hombres la fe que recibieron de Dios** por medio de la Iglesia. Por el sacramento de la confirmación... se obligan con mayor compromiso a difundir y defender la fe con su palabra y sus obras como verdaderos testigos de Cristo» (*Lumen Gentium*, n. 11).

Estamos, pues, ante una obligación que no se deriva sólo del Señor, sino como exigencia de la naturaleza de **ser cristiano**.

¿Damos testimonio?

Pero, ¿cómo hemos cumplido esta obligación? ¿Hemos sido luz que ha iluminado? ¿Nos distinguimos los cristianos de los no cristianos? ¿Nuestra vida da testimonio de Cristo? Debería ser un interrogante para los no cristianos. ¿Les extraña positivamente nuestra vida? ¿Les escandaliza positivamente? ¿Nos conocen como algo distinto, algo nuevo, un hombre en Cristo? El santo provoca **rechazo o adhesión, pero no deja indiferente** a nadie. Todos los cristianos



debiéramos provocar, en cierta medida, idénticos sentimientos.

Cristo no vino a traer una nueva moral más perfecta, sino mucho más: **un hombre nuevo**. Si no aparecemos ante el mundo como tales, **si no provocamos esa sensación, no damos testimonio de Cristo**. Un cristianismo que "borra" el bautismo con la vida, es anti-testimonio. Pero un cristianismo que reduce su vida cristiana a la Santa Misa del domingo y sus prácticas piadosas, no es suficientemente testimonio.

Hay que ser serios. Ser cristiano no es lo mismo que pertenecer a una sociedad recreativa, por más que también en ella es preciso ser serios. Se trata nada más y nada menos que de haber quedado **configurados con Cristo** por el bautismo; reafirmados y fortalecidos para dar testimonio con los hechos y con las palabras, por la Confirmación. Aquí no cabe andar con disimulos, ni dejar a "los misioneros" la tarea apostólica de predicar el Evangelio. Sobre todos, aunque de diferente forma, pesa **idéntica obligación de dar testimonio y dar a conocer el Evangelio**.

De todos es sabido que hay muchos cristianos que dan cada día testimonio en su trabajo y en otros momentos. Pero ese testimonio debe salir a la calle y en la vida social. No se trata de llevar un cartel, ni siquiera un traje especial o un hábito, aunque, en su caso, también, sino de actuar con **actitud cristiana en la calle y en toda relación social**; no para que se nos note, sino de tal modo que se note. Brille vuestra luz entre los hombres. ¿Brilla esa

luz en la mayoría de los cristianos? ¿Somos acaso cirios apagados? ¿La hemos metido debajo del celemín de nuestra vida semipagana? «Los Apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús con mucho valor. Y se los miraba a todos con mucho agrado» (Hch 4, 33).

Y lo dicho no supone olvido de los monasterios y casas religiosas donde viven almas en entrega total, ni de los sacerdotes que viven su sacerdocio, ni de los seculares de movimientos, que son capaces de dejar atrás toda comodidad y marchar con sus familias a lugares extremadamente difíciles. Ni de los enfermos que ofrecen sus dolores y limitaciones. Ni de los pobres que viven su pobreza en cristiano. Ni de tantos seculares ejemplares. Ni de tantos mártires actuales, que ofrecen el mayor testimonio posible. No olvido nada ni a nadie, y me alegra y me siento interpelado. Pero pienso en ese número, todavía cuantioso, que llamamos practicantes, y **no da la impresión de que su testimonio sea relevante**. Y tengo muy presente no solo el posible antitestimonio (tremenda contradicción), sino la falta del testimonio especial de quienes se espera y es razonable esperarlo: de los sacerdotes y consagradas.

Vida en cristiano

Ahora bien, el testimonio cristiano presupone una vida vivida en cristiano. Y vivir en cristiano es **aceptar lo que el Señor nos va proponiendo en el camino de la vida en cada momento**. Hacer la voluntad de Dios como se hace en el

cielo. En cualquier elección que se nos presente, optar por Cristo. En la disyuntiva entre Cristo y lo que sea, por importante que pueda resultarnos, **siempre elegir a Cristo**. Dice el Señor: «El que quiere a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí; el que quiere a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí; y el que no carga con su cruz y me sigue, no es digno de mí. El que encuentre su vida la perderá, y el que pierda su vida por mí, la encontrará» (Mt 10, 37-39).

Esto es demasiado, esto no es posible, grita nuestra naturaleza... y hay que decir que, en cierto sentido, es razonable ese grito. Pero deja de serlo si tenemos en cuenta que se trata de Dios, del Señor absoluto **de quien dependemos en el ser y en el existir** y cuyo **amor infinito** hacia nosotros le llevó morir en una cruz.

Pero esto no es todo el Evangelio. Para conjugarlo debidamente, es preciso seguir y escuchar estas **reconfortantes** palabras: «Venid a mí todos los que estáis cansados o agobiados, y yo os aliviaré. Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es suave y mi carne ligera» (Mt 11, 28-30).

Y estas otras no menos **tranquilizadoras**: «Pedro se puso a decirle a Jesús: Ya ves que nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido. Jesús contestó: "En verdad os digo: Ninguno que haya dejado casa, hermanos, hermanas, madre, padre, hijos o campos por mi causa y por el Evangelio quedará sin recompensa. Pues, aun con

persecuciones, recibirá cien veces más en la presente vida en casas, hermanos, hermanas, hijos y campos, y en el mundo venidero la vida eterna. Entonces muchos que ahora son primeros serán últimos, y los que son ahora últimos serán primeros» (Mc 10, 28–31). Cien veces más ahora y, después, la vida eterna.

Nadie más feliz que los santos. «Haz lo que puedas, pide lo que no puedas, y Dios hará que puedas», decía **San Agustín**. Y **Romano Guardini** escribe en su obra *El Señor*: «Cuando la razón nos dice que no es posible, la fe contesta: Sí que es posible: “La fe es la victoria que vence al mundo”. Cada uno de los días de nuestra existencia acabará con la comprobación de que hemos caído y fracasado. Pero, a pesar de ello, no debemos desechar violentamente el mandato. **Hemos de presentar a Dios nuestros fallos con el corazón contrito y empezar de nuevo**, convencidos de que seremos capaces de cumplir lo que Él nos ordena, porque Él “obra en nosotros así el querer como el obrar”».

Y cuando pensamos que otros tienen que cambiar, es conveniente tener en cuenta las palabras de **Urs von Balthasar**: «Cuando oigo que la Iglesia tiene que cambiar, me digo: “Yo tengo que cambiar”».



Oración por la Fe

*Señor, yo creo, yo quiero creer en Ti
Señor, haz que mi fe sea pura, sin reservas, y que penetre en mi pensamiento, en mi modo de juzgar las cosas divinas y las cosas humanas.*

Señor, haz que mi fe sea libre, es decir, que cuente con la aportación personal de mi opción, que acepte las renunciaciones y los riesgos que comporta y que exprese el culmen decisivo de mi personalidad: creo en Ti, Señor.

Señor, haz que mi fe sea cierta: cierta por una congruencia exterior de pruebas y por un testimonio interior del Espíritu Santo, cierta por su luz confortadora, por su conclusión pacificadora, por su connaturalidad sosegante.

Señor, haz que mi fe sea fuerte, que no tema las contrariedades de los múltiples problemas que llena nuestra vida crepuscular; que no tema las adversidades de quien la discute, la impugna, la rechaza, la niega, sino que se robustezca en la prueba íntima de tu Verdad, se entrene en el roce de la crítica, se corrobore en la afirmación continúa superando las dificultades dialécticas y espirituales entre las cuales se desenvuelve nuestra existencia temporal.

Señor, haz que mi fe sea gozosa y dé paz y alegría a mi espíritu, y lo capacite para la oración con Dios y para la conversación con los hombres, de manera que irradie en el coloquio sagrado y profano la bienaventuranza original de su afortunada posesión.

Señor, haz que mi fe sea activa y dé a la caridad las razones de su expansión moral de modo que sea verdadera amistad contigo y sea tuya en las obras, en los sufrimientos, en la espera de la revelación final, que sea una continua búsqueda, un testimonio continuo, una continua esperanza.

Señor, haz que mi fe sea humilde y no presuma de fundarse sobre la experiencia de mi pensamiento y de mi sentimiento, sino que se rinda al testimonio del Espíritu Santo, y no tenga otra garantía mejor que la docilidad a la autoridad del Magisterio de la Santa Iglesia. Amén

INTELIGIR LA SINODALIDAD POR VÍA APOFÁTICA

Jaime Mercant Simó / InfoCatólica



Pido disculpas de antemano si estoy resultando excesivamente insistente y fastidioso al respecto, pero sigo sin entender qué quiere decir *sinodalidad*, fundamentalmente porque todavía estamos todos a la espera de una rigurosa explicitación conceptual. Se habla por doquier de ella –muchos *ad nauseam*–, aunque aún sin saber exactamente qué significa, tanto que está empezando a generar, incluso entre los más progresistas, un curioso fenómeno: son ya multitud los que están experimentando –y padeciendo–, en algunos ambientes

eclesiásticos –que no eclesiales–, una impúdica instrumentalización sofisticada de dicha expresión al servicio, no sólo del gobierno despótico y arbitrario de algunos prelados o superiores jerárquicos, sino también del intenso influjo de algunos grupos malsanos y heterodoxos de presión.

Aunque a ciertas personas la cuestión pueda parecerles superflua, sigo insistiendo en reclamar y exigir una clarificación, precisión y delimitación del susodicho término, apelando al juicioso y célebre criterio de Epicteto, a saber: *initium doctrinae sit consideratio nominis*; el principio de toda doctrina está en la consideración de su nombre. Por esta razón, no es lógica y seriamente admisible –más que nada por el debido respeto que le debemos todos a la seriedad de las cosas– que los teólogos y filósofos católicos nos contentemos con el planteamiento anfibológico e indeterminado de la Comisión Teológica Internacional, que, en el año 2018, definió la *sinodalidad* como una suerte de *estilo* (*sic*)^[1].

[1] Cf. Comisión Teológica Internacional, *La sinodalidad en la vida y en la misión de la Iglesia* (2018), nn. 70 y 77: <https://www.vatican.va/roman_curia/congregations/cfaith/cti_documents/rc_cti_20180302_sinodalita_sp.html>

Dicho esto, creo que es menester saber tener igualmente una cierta *mirada benévola* para contribuir, así, de este modo, a la elaboración de la reclamada definición, considerando que ésta podría determinarse por *vía apofática*, o sea, *negativa*; recordemos que el adjetivo *apofático* proviene del verbo griego *ἀπόφημι*, que significa negar. Dicho de otro modo, al verme de momento totalmente incapaz de precisar *positivamente* el sentido del término *sinodalidad*, realizaré aquí un modesto y sencillo intento de concreción *negativa*, esto es, diciendo lo que *no es* o, mejor dicho –puesto que es aún un concepto *in fieri*–, lo que ella *no puede ser*:

La sinodalidad *no puede ser* un concepto superior al de *comunión*, pues esto significaría la subordinación de la dimensión vertical de la Iglesia –el misterio de la comunión de los hombres con Dios– a la horizontal.

La sinodalidad *no puede ser* la razón de la disolución de la estructura jerárquica de la Iglesia.

La sinodalidad *no puede ser* la excusa para la *democratización* de la Iglesia y su reconfiguración en estructuras *asamblearias*.

La sinodalidad *no puede ser* un pretexto para caer en la *papolatría*, curioso y paradójico efecto, y también causa –esto es, un *círculo vicioso*–, de los dos fenómenos anteriores.

La sinodalidad *no puede ser* la justificación para el *gran reemplazo* del magisterio *bimileranio* de la Iglesia.

La sinodalidad *no puede ser* el motivo que favorezca la arbitrariedad y el despotismo en el gobierno de la Iglesia.

La sinodalidad *no puede ser* causa de alteración y corrupción de la esencia de los sacramentos ni de la degradación de su liturgia.

La sinodalidad *no puede ser* un instrumento de deformación doctrinal y teológica del pueblo de Dios en general y de los seminaristas, clérigos y religiosos en particular.

La sinodalidad *no puede ser* el punto de apoyo para pretender cambiar la esencia del sacerdocio católico –específicamente representada por el ministro varón al servicio del sacrificio del altar– ni para abolir el celibato sacerdotal.

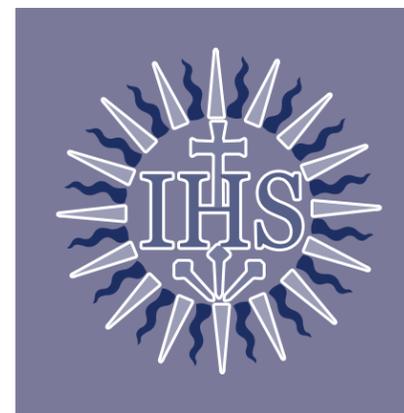
La sinodalidad *no puede ser* la excusa para fingir una transmutación de la esencia de la moral católica, favoreciendo las corrientes mundanas que promueven *capciosamente*, por ejemplo, un enfermizo *psicologismo* o que justifican las prácticas *contra naturam*.

La sinodalidad *no puede ser* el eclipse, olvido y negación del derecho natural.

La sinodalidad *no puede ser* el motivo para que la Iglesia *salga desí misma*, abandonando, así, el *eje esencial*, divino y trinitario, que sobrenaturalmente la sostiene y vivifica.

En fin, reitero la perentoriedad de la definición doctrinal del término *sinodalidad*, dado que la correcta intelección de los vocablos es primordial para llegar a captar la esencia de las cosas; así lo considera san Isidoro de Sevilla

en el primer libro de sus *Etimologías*^[2]. Por otra parte, la demanda de dicha especificación debe tener en su debida cuenta el hecho de la producción del concepto, expresión de la primera de las tres operaciones del espíritu; las dos siguientes son el juicio y el razonamiento. Es imposible, por ende, la formación de juicios verdaderos y argumentar con un mínimo de coherencia lógica, esto es, sin insultar a la inteligencia, si previamente no *fijamos bien el sentido de los conceptos*, pues éstos son los fundamentos de aquéllos. No sin razón, Romano Amerio nos advierte que «en la precisión del vocabulario estriba la salud del discurso»^[3]. Esperemos, pues, que la indispensable *salud del discurso* (doctrinal y teológico) termine por producirse, redundando finalmente en la *salud de las almas*.



^[2] Cf. Isidorus Hispalensis, *Etymologiae*, lib. I, cap. 29, nn. 1–2: PL 82, 105.

^[3] Cf. Romano Amerio, *Iota Unum*, Madrid: Criterio Libros, 2003, p. 15.

Breve oración por los sacerdotes

Oh, Dios todopoderoso y eterno, mira el rostro de tu Cristo y, por amor a Aquel que es el Sumo Sacerdote eterno, ten piedad de tus sacerdotes. Recuerda, Dios compasivo, que no son más que seres humanos débiles y frágiles. Despierta en ellos la gracia de su vocación, que está en ellos por la imposición de las manos del Obispo. Mantenlos cerca de Ti, para que el enemigo no prevalezca contra ellos, para que nunca hagan nada en lo más mínimo indigno de su sublime vocación. Oh, Jesús, te ruego por tus sacerdotes fieles y fervorosos; por tus sacerdotes infieles y tibios; por tus sacerdotes que trabajan en casa o en el extranjero en lejanos campos de misión; por tus sacerdotes tentados; por tus sacerdotes solitarios y desolados; por tus sacerdotes jóvenes; por tus sacerdotes ancianos; por tus sacerdotes enfermos; por tus sacerdotes moribundos; por las almas de tus sacerdotes en el purgatorio. Pero sobre todo te encomiendo a los sacerdotes más queridos para mí: el sacerdote que me bautizó; los sacerdotes que me absolviéron de mis pecados; los sacerdotes en cuyas Misas asistí y que me dieron Tu Cuerpo y Sangre en la Sagrada Comunión; los sacerdotes que me enseñaron e instruyeron o me ayudaron y animaron; todos los sacerdotes a los que estoy en deuda de cualquier otra manera, en particular N.N. Oh Jesús, guárdalos a todos cerca de Tu corazón, y bendícelos abundantemente en el tiempo y en la eternidad. Amén

Oh, María, Reina del Clero, ruega por nosotros y envíanos muchos y santos sacerdotes. (Tres veces.)

SINODALIDAD Y SANTIDAD

Georg Weigel / InfoCatólica



Si los «facilitadores» del Sínodo no invitan a los grupos de discusión a explorar los diversos caminos hacia la santidad que son evidentes en el catolicismo hoy, proporcionando ejemplos de aquellos que recientemente han recorrido o están recorriendo esos caminos, entonces los participantes del Sínodo deberían hacerlo por sí mismos

El Papa Benedicto XVI solía decir que, en el mundo escéptico y cínico de hoy, los santos presentan un caso más persuasivo sobre la verdad del cristianismo que los argumentos más sofisticados. Entonces, uno se pregunta por qué el Documento de Trabajo (*Instrumentum Laboris*, o IL) para el Sínodo sobre la Sinodalidad de octubre está prácticamente desprovisto de referencias a los santos, o al legado de santidad de la Iglesia durante más de dos milenios, o a los santos que nos rodean

en este tercer milenio de «camino juntos» (una expresión favorita del sínodo).

Quizás esto tenga que ver con la aparente falta de interés del IL en el objetivo del camino cristiano: la alegría eterna dentro de la luz y vida de la Santísima Trinidad, en esa celebración interminable que el Apocalipsis 19 llama el Banquete de Bodas del Cordero.

Esto es aún más extraño porque el proceso sinodal en curso desde 2021 se presenta a menudo por sus promotores

como una expresión y desarrollo del Concilio Vaticano II. Sin embargo, en la Constitución Dogmática del Concilio sobre la Iglesia, uno de sus dos textos fundamentales, encontramos un capítulo completo sobre «La Vocación Universal a la Santidad», en el cual los padres conciliares enseñan que la santidad es la vocación bautismal de todo cristiano. La santidad no es exclusiva del santuario de la iglesia. Los santos no son solo aquellas personas supremamente buenas que la Iglesia honra con el título de «santo». Cada uno de nosotros debe convertirse en un santo para cumplir nuestro destino humano y cristiano.

C.S. Lewis anticipó esta enseñanza conciliar cuando señaló que la mayoría de nosotros, si nos encontráramos repentinamente en el cielo, probablemente nos sentiríamos un poco incómodos. ¿Por qué? Porque aún no somos santos. Y los santos, sugirió Lewis, son aquellos que pueden vivir en comunión con Dios para siempre. ¿Cómo pueden los santos vivir de esa manera? Porque, según la impresionante imagen de los Padres de la Iglesia Oriental, han sido «divinizados». Así que el propósito del «viaje» cristiano es cooperar con la gracia de Dios para crecer y convertirnos en personas que se sientan como en casa en el Banquete de Bodas del Cordero: desbordantes de gratitud por la invitación y sin sentirse como intrusos.

El Concilio Vaticano II también enseñó que la santidad está a nuestro alrededor. Convencido de esta verdad, Juan Pablo

II reformó el proceso por el cual la Iglesia reconoce a los santos que Dios ha hecho. En la Constitución Apostólica *Divinus Perfectionis Magister* (El Divino Maestro de la Perfección) de 1983, Juan Pablo cambió el proceso de beatificación/canonización de un procedimiento legal adversarial a una investigación histórica y académica. El proceso adversarial buscaba desaprobando la santidad de un individuo propuesto para la beatificación o canonización, con el famoso «Abogado del Diablo» actuando como una especie de fiscal *post mortem* presentando argumentos en contra del candidato. Si el candidato sobrevivía a esta inquisición, su santidad aún debía ser confirmada por un milagro. En el nuevo proceso iniciado por Juan Pablo II, el objetivo es demostrar la santidad del candidato a través del testimonio de testigos y una biografía seria y crítica del candidato, y luego, por supuesto, a través de un milagro confirmatorio.

La idea de agilizar el proceso de beatificación/canonización era brindar a la Iglesia más y diferentes ejemplos de aquellos que habían respondido al llamado universal a la santidad, algo que no era posible con el antiguo proceso. Juan Pablo creía que necesitamos el ejemplo de los santos, especialmente los santos de nuestro tiempo, para vivir nuestro llamado bautismal a la santidad aquí y ahora. Los santos, en su visión, son nuestros compañeros más importantes en el peregrinaje de la vida cristiana. Los santos ilustran las muchas formas legítimas del discipulado cristiano.

Los santos también demuestran que esas diversas formas tienen un origen común: Jesucristo, el maestro y modelo de perfección, y un destino común: la comunión con el Dios Trino.

Si el Sínodo sobre la Sinodalidad de octubre va a contribuir a la evangelización de un mundo que necesita desesperadamente la santidad, y si va a acelerar la reforma continua de la Iglesia para que el catolicismo muestre más efectivamente dicha santidad, entonces el Sínodo deberá tomar a los santos mucho más en serio de lo que lo hace el Documento de Trabajo. Si los «facilitadores» del Sínodo no invitan a los grupos de discusión a explorar los diversos caminos hacia la santidad que son evidentes en el catolicismo hoy, proporcionando ejemplos de aquellos que recientemente han recorrido o están recorriendo esos caminos, entonces los participantes del Sínodo deberían hacerlo por sí mismos. Permitamos que el Sínodo hable no solo de lo que está mal en la Iglesia, sino también de lo que está bien.

Porque si «sinodalidad» no se trata de fomentar la santidad, entonces es una introspección eclesial institucional, y una escandalosa pérdida de tiempo y recursos.



Oración por la santidad de vida

Te adoro, Señor; porque eres mi creador y te anhelo porque eres mi fin: te alabo, porque no te cansas de hacerme el bien y me refugio en ti, porque eres mi protector.

Que tu sabiduría, Señor; me dirija y tu justicia me reprima; que tu misericordia me consuele y tu poder me defienda.

Te ofrezco, Señor; mis pensamientos, ayúdame a pensar en ti; te ofrezco mis palabras, ayúdame a hablar de ti; te ofrezco mis obras, ayúdame a cumplir tu voluntad; te ofrezco mis penas, ayúdame a sufrir por ti.

Todo aquello que quieres Tú, Señor; lo quiero yo, precisamente porque lo quieres tú, como tú lo quieras y durante todo el tiempo que lo quieras.

Te pido, Señor; que ilumines mi entendimiento, que fortalezcas mi voluntad, que purifiques mi corazón y santifiques mi espíritu.

Hazme llorar, Señor; mis pecados, rechazar las tentaciones, vencer mis inclinaciones al mal y cultivar las virtudes.

Dame tu gracia, Señor; para amarte y olvidarme de mí, para buscar el bien de mi prójimo sin tenerle miedo al mundo.

Dame tu gracia para ser obediente con mis superiores, comprensivo con mis inferiores, solícito con mis amigos y generoso con mis enemigos.

Ayúdame, Señor; a superar con austeridad el placer; con generosidad la avaricia, con amabilidad la ira, con fervor la tibieza.

Que sepa yo tener prudencia, Señor; al aconsejar, valor en los peligros, paciencia en las dificultades, sencillez en los éxitos.

Concédeme, Señor; atención al orar; sobriedad al comer; responsabilidad en mi trabajo y firmeza en mis propósitos.

Ayúdame a conservar la pureza del alma, a ser modesto en mis actitudes, ejemplar en mi trato con el prójimo y verdaderamente cristiano en mi conducta.

Concédeme tu ayuda para dominar mis instintos, para fomentar en mí, tu vida de gracia, para cumplir tus mandamientos y obtener mi salvación.

Enséñame, Señor; a comprender la pequeñez de lo terreno, la grandeza de lo divino, la brevedad de esta vida y la eternidad de la futura. Amén

JOSUÉ FONSECA HACE DE «POLI MALO» Y EXPLICA LOS 3 PEORES PROBLEMAS QUE LE VE A LA IGLESIA HOY

Pablo J. Ginés / Religión en Libertad



Josué Fonseca es el fundador de la **Comunidad Fe y Vida**, historiador especializado en la historia de los movimientos religiosos y profesor de instituto en Cantabria. La historia de cómo entró en la fe y luego fundó una comunidad la ha contado aquí. Su libro *Audacia* está ayudando a muchas personas que encuentran a Cristo y a la Iglesia en nuestra época.

En el marco del **Encuentro Transforma en Alicante**, el primer fin de semana de julio, organizado por la iniciativa de renovación pastoral **Nunc Coepi**, se le

encargó presentar su visión sobre “lo que no se está haciendo en la Iglesia” (y debería hacerse).

“Me toca el papel de ‘poli malo’, tengo que decir qué cosas están mal y qué cosas no se están haciendo”, advirtió.

Sus conclusiones las dio al final, concretando en 3 problemas de la Iglesia por las que le cuesta mejorar y adaptarse y que responden a la pregunta de la charla (“Qué no está pasando en la Iglesia”):

1) La Iglesia debe abandonar el viejo esquema de Cristiandad

La Iglesia Católica sigue operando con muchas estructuras de un sistema antiguo, la sociedad de Cristiandad, que ya no funciona. **Josué critica que la Iglesia intente funcionar con “cristianos no practicantes”** que es, dijo, “como ser padres o maridos no practicantes”. La Iglesia actual **debe estar formada por personas que optan decididamente por Jesucristo, que toman en serio la fe** y entienden que “el mensaje de Jesús es radical y, a la vez, para todos, no para

algunos selectos". Si no se sale del viejo sistema de Cristiandad, advirtió, **"ese sistema caerá sobre nosotros, como ruinas, y nos aplastará"**.

2) La Iglesia ha de superar el clericalismo

Josué piensa que buena parte del problema de la Iglesia es "el clericalismo", que concreta en **la mentalidad de que hay "cristianos top, que son los curas, monjas y obispos, y cristianos de segunda categoría, que son los demás"**. Con esa mentalidad, la inmensa mayoría de los cristianos (que son los laicos) no aportan sus dones ni su creatividad. Josué piensa que "la Iglesia en el futuro va a ser más creativa y va a desarrollar una teología de los ministerios".

3) La Iglesia ha de mejorar mucho su imagen

"No hay institución hoy en el mundo que se venda peor que la Iglesia. Tiene un gran tesoro de sabiduría y el mundo ni se ha enterado", lamenta.

El **problema de mala imagen de la Iglesia se da a todos los niveles,** empezando por las malas homilías. Una persona alejada de la iglesia que acuda a misa a una boda o un aniversario familiar escuchará a menudo **"un sermón infumable"**. Un pariente lo sufrió y le dijo a Josué: "No pensé que serían así todavía".

Mirando hacia el futuro, **Josué Fonseca cree que la Iglesia se apoyará mucho más en comunidades, "algunas de ellas laicales, otras parroquiales"**. "Cada una

será como una iglesia en pequeño, y serán iglesia alrededor de la figura del obispo. Pero si rompemos con el obispo, ya no seremos iglesia, seremos sólo una secta", advirtió, tras años de estudiar comunidades de todo el mundo.



El análisis histórico

Más allá de sus predicciones de futuro, Josué dedicó más tiempo al análisis histórico, el **"cómo hemos llegado aquí"**.

"Vivimos un cambio de tiempo, axial. No es cambio de circunstancias, sino de paradigma. **Veo mucho derrotismo y pesimismo en la Iglesia, pero yo digo que no es para tanto,** porque la Iglesia ha visto de todo", detalla.

No niega, sin embargo, que la situación eclesial es mala. "En 1960 había 5.000 seminaristas en España, hoy hay 800. **Sólo un 10% de jóvenes se casan por la Iglesia. Los datos son coherentes. Hay tónica general de disminución"**.

Pero, por otra parte, analizar la Iglesia, incluso desde un punto de vista meramente humano, es difícil "porque la

Iglesia es incomparable a cualquier otra cosa. Son 1.200 millones de bautizados. Y es lo que en política se llama 'poder global no estatal'. Es una entidad mundial, centralizada, con 2.000 años de historia. **Nada se compara a la Iglesia"**, admite.

Eso sí, **"un tipo de Iglesia está desapareciendo.** Yo creo en la acción del Espíritu Santo en la Iglesia. No soy pesimista. El cambio va a ser de varias generaciones de cristianos y no hemos de ser impacientes", anima.

Aprender de los cristianos de la Antigüedad

A menudo se habla de **los primeros cristianos como ejemplo, y Josué cree que los cristianos del siglo XXI se van a parecer cada vez más a ellos.**

"Los historiadores saben poco de los cristianos del año 30 al 50, quizá 1 Tesalonicenses es el texto más antiguo de esos años. Pero sabemos que tenían muy claro que todos eran hermanos y que había ministerios, servicios: ser presbíteros, maestros, profetas, algunos itinerantes... Unos celebran unas fechas; otros, otras. Había ritos distintos: Antioquía, Alejandría, etc.... Pero todos **tenían claro que eran una única Iglesia. Desde el principio había obispos, que en griego es "episcopos"**, es decir, "supervisores". Entrar en la Iglesia era complicado. Rodney Stark en *La Expansión del Cristianismo*, muestra que superaban las persecuciones con eficaces redes de solidaridad. **Ser cristiano era algo muy serio: yo, cuando estoy quejoso, me leo las actas de los mártires antiguos"**.

El historiador recuerda que aunque los romanos paganos hablaban de moral, no la practicaban. En cambio, el estilo de vida cristiano, aunque era exigente, también era atractivo. **"El catecumenado era largo, era un discipulado: implicaba llegar a dar ejemplo de vida cristiana, que ya no eras solo creyente, que vivías como creías. El creyente piensa que la fe es simplemente un aspecto importante más de la vida; en cambio, el discípulo piensa que la fe es lo más importante de todo, y cambiará lo que sea en su vida si choca con la fe"**, detalla.

Rutinas heredadas de Constantino y Trento

En época del emperador Constantino, en el siglo IV, al despenalizarse el cristianismo, la Iglesia ofrecía al Imperio, muy debilitado, líderes, estructuras, "un andamiaje útil". La estructura imperial y la eclesial se fueron compaginando. **Ser cristiano empezó a salir a cuenta; ayudaba para ser funcionario, tener cargos...** Y la Iglesia aportó el culto oficial del Imperio Romano. El catecumenado se simplificó mucho, de forma que **en el siglo VI casi todos se bautizaban de bebés y casi nadie recibía un catecumenado.**

Después, en el siglo XVI, en **el Concilio de Trento**, "triunfó la facción que buscaba marcar mucho las diferencias con los protestantes; para eso, **definió bien el papel del sacerdote y mejoró la formación del clero, pero reforzó más límites a los laicos.** Y la estructura que hemos seguido los últimos 5 siglos ha sido

la de Trento", detalla el historiador.

Un cristiano de pueblo en el siglo XIX y un cristiano de la Antigüedad eran muy distintos. **Al cristiano rural de hace unas generaciones, sólo se le pedía ir a misa en Pascua, saber el Padrenuestro** y saber de memoria "un par de cosas de doctrina". Con eso se consideraba un buen cristiano, o cristiano normal. A un cristiano de la Antigüedad se le exigía mucho más, y así será de nuevo en nuestra época, si la Iglesia quiere perdurar, advirtió.

«Conviene que el hombre ore atentamente, bien estando en la plaza o mientras da un paseo: igualmente el que está sentado ante su mesa de trabajo o el que dedica su tiempo a otras labores, que levante su alma a Dios: conviene también que el siervo alborotador o que anda yendo de un lado para otro, o el que se encuentra sirviendo en la cocina [...], intenten elevar la súplica desde lo más hondo de su corazón»

(San Juan Crisóstomo, *De Anna*, sermón 4, 6).

